



APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona, 27 de octubre de 1925 IMPRIMASE EL VICARIO GENERAL, JUAN FLAQUER

POR MANDADO DE SU SRÍA.

DR. PEDRO VALLÉS

VICE-SCRIO.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

FÁBULAS DE ESOPO

NOVÍSIMA EDICIÓN CUIDADOSAMENTE REVISADA E ILUSTRADA CON 133 GRABADOS







RAMÓN SOPENA, Editor.

Provenza, 93 a 97.—BARCELONA

Derechos reservados.

ESOPO Y SUS FÁBULAS

Pocas noticias tenemos de la vida de Esopo, y aun éstas son inciertas y contradictorias. No se conoce ninguna obra auténtica suya y no faltan quienes pongan en duda su existencia,

concediendo poco o ningún valor a ciertos relatos como la Vida de Esopo, generalmente atribuída a Planudes, monje del siglo XIV.

Ateniéndonos a la tradición más generalizada, diremos que Esopo era frigio, aunque hay quien le supone nacido en la Tracia, o en la

isla de Samos, o en Sardes (Lidia), o en Egipto; que vivió en los siglos VII y VI antes de Jesucristo (620-560); que fué en un principio esclavo y luego horro por magnanimidad de uno de sus amos, el filósofo Janto o el samio ladmón; que corrió el mundo; que visitó el Egipto, Babilonia y parte del Oriente; que vivió en la corte de Creso, rey de Lidia, cuyo favor alcanzó por sus ingeniosos y sutiles

apólogos; que recibió de este soberano el encargo de llevar ricas ofrendas al templo de Delfos; que, irritado por los fraudes y la codicia de los sacerdotes de Apolo, los hirió con sus

> amargos sarcasmos, y, limitándose a ofrecer a los dioses los sacrificios prescritos por Creso, devolvió a este principe las riquezas destinadas a los delfianos; y, finalmente, que éstos, para vengarse, ocultaron en el equipaje del poeta una copa de oro consagrada a

Apolo, le acusaron de haberla robado, y le condenaron a ser precipitado desde lo alto de la

roca Hiampea.

Otras tradiciones cuentan que en la corte de Creso encontró a Solón, que con él asistió en Corinto al famoso banquete de los siete sabios; que visitó la ciudad de Atenas en los días del gobierno de Pisistrato, y que, viendo que los atenienses, para recobrar su libertad, estaban dispuestos a deshacerse de este tirano, les contó la fábula de las ranas pidiendo rey; pero nada más nos dicen del resto de la vida del célebre fabulista.

Todos los testimonios convienen en afirmar que Esopo era un esclavo liberto, y en considerarle como el inventor del apólogo; pero respecto de esta última apreciación bueno será advertir que se hallan ya fábulas en Hesíodo y en los fragmentos de Arquiloco de Paros: que la fábula existió desde la más remota antigüedad en Grecia, y que todos los apólogos cuyo origen se ignoraba, vinieron designándose con el nombre de Fábulas esópicas, atribuyéndolas a un solo autor, Esopo, aunque es muy posible que él jamás las escribiera. Sócrates puso en verso una serie de esas fábulas, que circulaban por Atenas a fines del siglo V, y en el siglo siguiente compiló Demetrio Falerio una colección, muy completa de Fábulas esópicas. En esta colección, hoy perdida, se inspiraron Babrio, Fedro y los fabulistas medievales. Los monjes bizantinos hicieron buenas compilaciones de fábulas esópicas, y de ellas resultó la conocida colección de

Fábulas de Esopo, atribuída a Planudes, el autor de la Vida fabulosa del poeta. El texto griego de esta colección, hecha en el siglo XIV, fué traducido al latín, y luego se enriqueció con el halazgo de un manucristo del siglo XIII que contenía nuevas fábulas, diferentes de las recogidas por Planudes; y aun se sacaron luego algunas más de otro manuscrito más antiguo que los anteriores; con lo cual es hoy cuantioso el número de fábulas atribuídas a Esopo.

De estas fábulas han sacado también muchos de sus argumentos los fabulistas modernos, y así lo han hecho Gay en Inglaterra, La Fontaine en Francia, y Samaniego en España. Nosotros, que en nuestro deseo de ofrecer a la juventud estudiosa libros morales e instructivos, hemos publicado las fábulas de Iriarte y las de Samaniego, cuyos apólogos encierran trascendentales sentencias filosóficas y morales altamente educadoras, damos hoy a la estampa este libro que contiene las de Esopo, seguros de que los escolares de España y de América habrán de agradecernos que rindamos este homenaje al padre de la fábula.



FÁBULAS DE ESOPO

EL CABALLO, EL CIERVO Y EL CAZADOR

Habiendo un ciervo ofendido a un caballo, éste resolvió tomar venganza, y, al efecto, emprendió la persecución de su enemigo; pero, considerándose impotente para alcanzarlo, porque el ciervo lo aventajaba en ligereza, solicitó la ayuda de un cazador diciéndole:

—Si deseas cazar un hermoso ciervo, que, además del beneficio de su carne, te producirá gran ganancia con su piel y con sus cuernos, te conduciré adonde se encuentra.

— ¿Cómo he de cazarlo? — pre-

guntó el hombre.

—Monta en mí — respondió el caballo—; te llevaré en su busca y, cuando lo hayamos encontrado, lo matas con tus flechas o con tu lanza.

Montó el cazador, y el caballo partió en seguida a la carrera; pero, por mucho que corrió, no logró alcanzar al ciervo, que, al fin, se internó en el bosque.

—Puesto que no has podido cogerlo—dijo el caballo al cazador—, apéate, déjame en libertad y continúa viviendo como has vivido

hasta aquí.

—No haré semejante cosa—repuso el cazador—, puesto que te tengo en mi poder y sé lo que vales, permanecerás sometido a mi voluntad durante toda tu vida y servirás para mi descanso y regalo.

No debemos tender lazos a nadie, si no queremos caer en ellos nosotros mismos.

Además, es peligrosa la amistad con los poderosos.

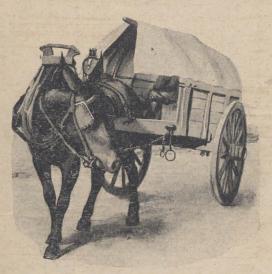
LA MOSCA Y LA MULA

Una mosca, que se puso sobre un carro, reñía a la mula que tiraba de él, diciéndole:

—Anda más de prisa, porque, en caso contrario, te picaré en el pescuezo con mi aguijón. ¡Eres

muy perezosa!

—Poco me importan tus amenazas—contestó la mula—, porque al que temo es al carretero que me gobierna, y que de un solo latigazo te puede matar. Ya sé



cuándo conviene parar, y cuándo apretar el paso.

Los débiles echan a veces grandes bravatas; pero, si encuentran uno más fuerte que les hable alto, enmudecen en seguida.

LA ESPADA Y EL CAMINANTE

Cierto caminante halló una espada en el suelo, y, al preguntarle quién la había perdido, la espada respondió:



—A mí me perdió uno, pero yo he perdido a muchos.

El malo daña a muchos; pero perece al fin.

LA MUJER Y LA GALLINA

Tenía una mujer una gallina que le ponía un huevo cada día, y, creyendo que si la alimentaba más pondría dos huevos en lugar de uno, comenzó a darle de comer con gran abundancia. A medida que la gallina fué engordando, fué también dejando de poner, y al fin no ponía siquiera un solo huevo.



El exceso de abundancia es perjudicial, y a veces entontece a muchos.



EL CAZADOR DE AVES

Acercándose con sigilo un cazador a una paloma para cogerla en la red que tenía tendida, pisó inadvertidamente a una víbora, que le picó y le causó la muerte con su veneno.

— Infeliz de mí — exclamó el hombre al morir—, que, por cazar a uno, recibo la muerte de otro!

Muchos perecen en los mismos lazos que han tendido para perder a otros.

LA RAPOSA Y LA ZARZA

Perseguida la raposa por los perros, se refugió precipitadamente



ESOPO. -2

en una zarza; pero, al advertir que las espinas le destrozaban el

pellejo, exclamó:

- Pobre de mí! ¡He venido a pedir amparo a quien me hará derramar más sangre que los perros que me perseguían!

No busquemos el auxilio de los malos, porque de ellos no debemos esperar bien alguno.

EL TROMPETERO

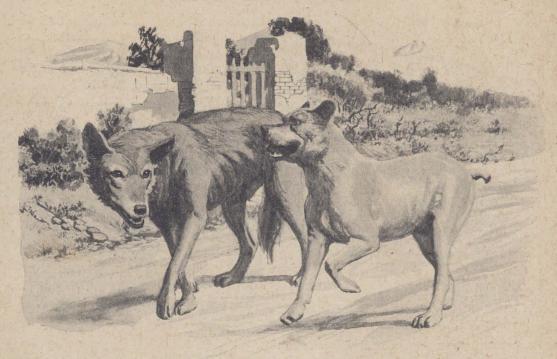
Había en una batalla un trompetero que animaba a los soldados en la pelea con los sonidos de su



trompeta, y, habiendo tenido la desgracia de caer prisionero, alegaba para que no lo matasen, la circunstancia de no haber él peleado.

—Esta misma circunstancia agrava tu delito — le contestaron los enemigos—, porque, si no has peleado, has reanimado el ardor de los demás con tus tocatas.

Mayor castigo merecen los que incitan a cometer algún delito, que los mismos que lo cometen.



EL LOBO Y EL PERRO

Un lobo flaco y hambriento encontró en un camino a un perro que estaba gordo y bien cuidado.

—Dime—le preguntó—, ¿ en qué consiste que, siendo yo más fuerte y valiente que tú, no encuentro qué comer y casi me muero de hambre?

—Consiste—contestó el perro en que sirvo a un amo que me cuida mucho, me da pan sin pedírselo, me guarda los huesos y mendrugos que sobran de las comidas, y no tengo más obligación que custodiar la casa.

—Mucha felicidad es ésta-repuso el lobo envidiándole la suerte.

—Pues mira—replicó el perro—, si tú quieres, puedes disfrutar del mismo destino, viniendo a servir a mi amo y defendiendo la casa de ladrones por la noche.

—Convengo en ello—dijo el lobo—porque más cuenta me tiene vivir bajo techado y hartarme de comida sin tener nada que hacer, que andar por las selvas sufriendo lluvias y aguantando nieves. Pero oye — añadió, mientras iban andando—, reparo que llevas pelado el cuello, ¿ a qué se debe esto?

—No es nada—repuso el perro—. Para que no salga de casa durante el día, me sujetan con una cadena para que de noche esté velando, y entonces ando por donde se me antoja.

—Bien—dijo el lobo—; pero, si quieres salir de casa, ¿ te dan licencia?

-Eso no-respondió el perro.

—Pues, si no eres libre—replicó el lobo—, disfruta enhorabuena de esos bienes que tanto ponderas, que yo no los quiero, si he de sacrificar mi libertad.

El pobre libre es más feliz que el rico esclavo, porque la libertad es tan estimable como la vida, y más valiosa que todas las riquezas del mundo.

EL LEON Y EL PASTOR

Habiéndose extraviado un león en cierto bosque cubierto de zarzas, se clavó una espina en la mano, de manera que, lleno de dolores, apenas podía dar un paso. Quiso la casualidad que encontrase a un pastor, y, llegándose a él, comenzó a mover la cola y a mostrarle la mano.

Sumamente atemorizado el pastor, púsole delante algunas reses para que comiese; pero el león, que no deseaba sino que le sacase la espina, se acercó más y logró que, viéndole tan hinchada la mano, comprendiese el pastor su

deseo y lo curara.

Tan pronto como se sintió aliviado, se sentó el león junto a su bienhechor, le lamió las manos, y se marchó.

Después de algunos años, fué el mismo león cogido en un lazo y custodiado con otras fieras destinadas a devorar los malhechores en el circo. El pastor había cometido un delito, por el que estaba condenado a muerte, y fué arrojado a las fieras para que lo devorasen; pero entre éstas se encontraba casualmente aquel mismo león, y, en vez de lanzarse hambriento sobre él, se le acercó con mansedumbre, se sentó a su lado y lo defendió de las demás bestias feroces. Admiráronse los espectadores, y, conocida la causa de este extraño suceso por el relato que hizo el pastor, se dió libertad a entrambos.

No seamos ingratos con los que nos dispensan algún beneficio: mostrémonos siempre agradecidos, porque la gratitud es propia de almas nobles.





MERCURIO Y EL LENADOR

Hallándose un leñador cortando madera, en la ribera de un río consagrado a Mercurio, cayósele el hacha al agua, y desapareció entre la corriente. Movido a compasión el dios al oír sus lamentos, se le apareció, le enseñó una hacha de oro, y luego otra de plata, preguntándole si alguna de ellas era la suya, pero el leñador contestó que ninguna de ellas le pertenecía. Sólo cuando Mercurio le mostró la que era de hierro, la aceptó el hombre diciendo que aquélla y no otra era la que había perdido. Admirado el dios de tanta honradez, le dió en premio las tres hachas.

Refirió el leñador, lleno de gozo, este suceso a sus compañeros, y, queriendo probar fortuna, uno de ellos se dirigió a la orilla del río, dejó caer en él su hacha y se puso a llorar. No tardó en presentarse Mercurio y, enterado de lo ocurrido, le mostró una hacha de oro, y el hombre dijo en seguida que era la que había perdido; pero el dios, llamándole impostor, no le dió la de oro, ni le devolvió la suya.

Dios, infinitamente justo y misericordioso, premia a los buenos, pero castiga a los malos.

LA MULA

Cierta mula de regalo, hermosa, gorda y luciente gracias a los buenos piensos que comía y a lo poco que trabajaba, decíase a sí misma, reflexionando:

—Como me parezco tanto a mi madre, a quien nadie igualaba en ligereza, debo correr con velocidad extraordinaria.

Y, para convencerse de que su juicio era exacto y poner de manifiesto sus aptitudes para la carrera, un día echó a correr, pero, aunque lo hizo con toda la velocidad que sus patas le permitían, no tardó en convencerse de que se había forjado ilusiones, en vista de lo poco que avanzaba.

Entonces, se detuvo exclamando:

—¡ Ay, mísera de mí! ¡ Había



olvidado que mi padre fué un borrico muy calmoso, y creí descender de un caballo veloz!

A los necios, que en la prosperidad se desconocen a sí mismos, la adversidad les advierte sus errores.

LA GOLONDRINA Y LAS OTRAS AVES

Mientras los labradores sembraban lino, contemplábanlos sin recelo las aves, a excepción de la golondrina, que, llamando a todas, les dijo:

—Gran mal es éste para vosotras, porque esta semilla producirá lino, con el cual los hombres harán redes y lazos para cogeros

y mataros.

Menospreciaron los pájaros el aviso, a pesar de la insistencia con que la golondrina les decía que tuvieran desconfianza, y, al ver ésta que no hacían caso de sus avisos, se hizo amiga de los hombres para poder vivir bajo el techo de sus mismas casas. Las otras aves,



que no tomaron ninguna providencia, viven siempre temerosas de caer en redes y lazos.

No conviene seguir siempre las propias opiniones, y despreciar los consejos de otro.



LA HORMIGA, LA PALOMA Y EL CAZADOR

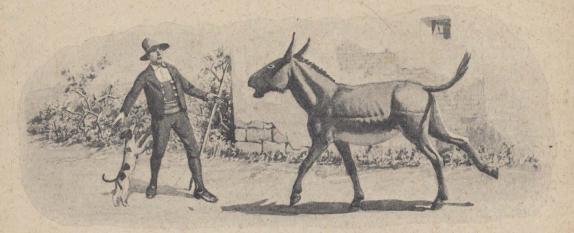
Cayóse una hormiga al agua, y allí habría seguramente perecido, si no hubiese acudido en su socorro una compasiva paloma, que desde un árbol le arrojó una rama para que se salvara.

Momentos después, llegé un cazador y preparó su arco para disparar una flecha a la paloma; pero, visto por la hormiga, apretó ésta el paso y picó en un pie al hombre, quien volvió la cara y dejó caer la flecha.

El ruido que se promovió, advirtió a la paloma el peligro que corría, y el ave emprendió el vuelo poniéndose en salvo.

Y de este ingenioso modo, logró la humilde hormiga devolver a su bienhechora el bien que de ella había antes recibido.

Si hasta los animales agradecen los beneficios que se les dispensan, ¿qué calificativo merece la ingratitud de los hombres? Sólo los perversos pueden dejar de ser agradecidos.



EL ASNO Y LA PERRILLA

Al ver un asno que su amo acariciaba mucho una perrilla, porque ésta salía a su encuentro haciéndole caricias, dijo entre sí:

—Si a un animal tan pequeño lo estiman tanto, ¿ cuánto más no me agradecerán a mí mis caricias, puesto que valgo más?

Convencido de esto el asno, tan pronto como vió llegar al amo, salió del establo corriendo y rebuznando, le puso las manos sobre los hombros, le ensució los vestidos y trató de lamerle la cara. Disgustáronle al amo semejantes juegos, y mandó que lo apaleasen.

Nadie debe hacer to que no le corresponde. Muchas veces los necios, creyendo complacer, no hacen otra cosa que causar disgusto.

LOS LOBOS Y LAS OVEJAS

Como los perros, según costumbre, estaban siempre de centinela al lado de las ovejas, los lobos comprendieron que no podrían atacarlas si no se valían de alguna treta.

Al efecto, enviaron a las ovejas varios mensajeros para decirles que deseaban vivir en paz con ellas y que, en garantía de sus buenos propósitos, estaban dispuestos a entregar en rehenes los lobeznos, sus hijos, si ellas entregaban los perros.

Así se hizo, efectivamente; pero los lobeznos, al verse separados de sus madres, empezaron a aullar, y los lobos, que ya habían degollado a los perros, acudieron en socorro de sus hijos.

Y ¡ allí fué Troya! Los lobos,

pretextando que las ovejas habían faltado a su palabra, las acometieron y las despedazaron.



Es una temeridad poner en manos del enemigo nuestros medios de defensa.



LA MADRE Y EL HIJO LADRÓN

Una mujer tenía un hijo, que, siendo aún muy pequeño, empezó en la escuela a apoderarse de cuantos objetos encontraba al alcance de sus manos.

A medida que el muchacho iba creciendo, los robos que efectuaba iban siendo también más importantes, pero nunca fué reprendido.

Al fin, fué preso y condenado a muerte, y, cuando era conducido al suplicio, rogó a los guardias que lo custodiaban que le permitieran despedirse de su madre, que iba detrás de él llorando.

Concedida la autorización nece-

saria, acercóse rápidamente el joven a su madre; pero, en vez de abrazarla y consolarla, le dió un mordisco y le arrancó una oreja.

Al recriminarle los circunstan-

tes, repuso el joven:

—Esta mujer es la causante de que yo sea conducido ahora al suplicio, por no haberme castigado cuando cometí el primer robo.

Los hijos deben ser bien educados desde la infancia, porque, si no se les corrigen las faltas leves, pasan con facilidad a cometer delitos graves.

LAS PALOMAS Y EL GAVILÁN

Perseguidas las palomas por un milano, tomaron por defensor al gavilán, y lo nombraron rey, creyendo que las defendería y que, estando bajo su amparo, podrían vivir tranquilas; pero el gavilán, tan pronto como las tuvo en su poder, comenzó a matarlas y devorarlas, de manera que con el protector se encontraron mucho peor que estaban antes.

Antes de adoptar una resolución, debemos de meditar detenidamente sus consecuencias, no sea que, por evitar un pequeño mal, nos acarreemos otro peor.



EL CABALLO Y EL LEÓN

Era ya el león muy viejo y carecía de fuerzas para cazar; pero, como tenía hambre, imaginó apoderarse por astucia de un caballo que pacía en el campo. Al efecto, fingió ser médico, y acercándose al caballo le preguntó que cómo le iba de salud. El caballo, adivinando las malas intenciones del león, le respondió:

- Oh, hermano mío, cuánto me alegro de que hayas venido, porque estoy muy malito! Se me ha clavado una espina en el pie y no puedo sacármela. Parece que los dioses te envían en mi auxilio.

El león se mostró muy pesaroso de aquel daño y ofrecióse a sacarle la espina, pero con propósito de matar al caballo, quien alargó la pata para que el fingido médico lo curase. Pero en el momento en que el león se disponía a sacar la espina, le dió un fremendo par de coces y se escapó dejándolo tendi-



do en el suelo. Entonces el león exclamó diciendo:

-Bien me está este castigo por querer matar a este pobre caballo.

Tarde o temprano se le descubren al traidor sus artimañas y se vuelven contra él las armas con que quiso herir a los demás.



EL LOBO Y EL CHIVO

Viéndose un chivo perseguido por un lobo, se subió a un peñasco, del cual no quería bajar porque vió que el lobo se quedaba en acecho. Molestado el chivo por la sed, fué a beber en un arroyo, y, contemplando su figura en el agua, dijo lleno de orgullo:

— Será posible que un animal como yo, con mis piernas, mis cuernos y mi barba tema a un solo lobo? De aquí en adelante lo esperaré, y no huiré de él como hasta ahora.

Oía esto el lobo, que estaba detrás, y, saltando sobre el infeliz chivo, le dijo:

— ¿ Qué estás hablando, chivo vil? ¡Por qué echas bravatas?

-Señor lobo-contestó el chivo, con voz lastimera—, bien conozco mi vana presunción, y así, perdonad mi atrevimiento.

No quiso el lobo hacer caso de esta súplica y lo devoró.

Es peligroso para los débiles mostrarse arrogante ante los poderosos.

EL LOBO Y EL CARNERO

Lamentábase tristemente un pastor de que se le hubiera muerto el perro que guardaba su rebaño,



y un carnero, que oyó estas lamentaciones, se apresuró a decirle:

—Señor amo, córtame los cuernos, disfrázame con la piel del valiente perro que acaba de morir y perseguiré a los lobos con igual encarnizamiento que él.

El pastor siguió el consejo, y, efectivamente, los lobos, creyendo que el carnero era un perro, huían, atemorizados, ante su presencia.

Pero ocurrió que una noche un lobo arrebató una oveja y, al pretender el carnero perseguirlo, se le cayó la piel de perro, con que estaba disfrazado, y fué conocido.

—¡ Hola!—exclamó el lobo, al advertir el engaño—.¡ Conque ésas tenemos, amiguito?¡ Has pretendido engañarme vistiendo ropas ajenas? Pues ahora pagarás tu atrevimiento.

Y, dicho esto, el lobo devoró al carnero.

Las falsas apariencias no engañan sino momentáneamente, y na-ESOPO.—3 die debe disfrazar su condición para luchar con los fuertes si no quiere, como el carnero de la fábula, ser devorado cuando el engaño quede descubierto.

EL LABRADOR Y LA CULEBRA

Tenía una culebra su nido cerca de la casa de un labrador, y, habiendo cierto día recibido un golpe de un hijo de éste, le mordió tan fuertemente, que el infeliz muchacho falleció al momento. Impulsado el padre por el dolor y la ira, tomó un hacha para matarla; pero sólo logró cortarle la cola. Habiendo transcurrido algún tiempo, quiso el labrador reconciliarse con la culebra, y, según costumbre antigua, tomó harina, agua, sal y miel, para hacer el pacto de amistad; pero detúvole la culebra diciendo:

—En vano intentas que nos reconciliemos, buen hombre, pues mientras yo me vea sin cola y tú sin hijo, no puede haber entre nos-



otros amistad, ni podemos tener el ánimo tranquilo.

Mientras el recuerdo de las injurias recibidas perdura en la memoria, es casi imposible desvanecer los odios.



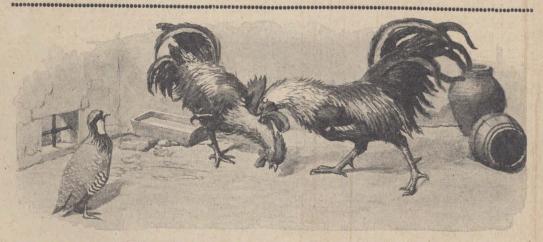
EL ASNO Y LAS RANAS

Al pasar una laguna, cierto asno cargado de leña se cayó en el agua.

El infeliz hizo grandes esfuerzos por levantarse, y, cuando se convenció de que no lo podía conseguir, empezó a lamentarse.

Al oír sus lamentaciones las ranas que habitaban, la laguna, le increparon diciendo: — ¿Apenas hace un momento que te has caído y ya te quejas? ¿ Qué dirías si los dioses te hubieran condenado, como a nosotras, a pasar toda tu vida en la laguna?

Hay personas tan pusilánimes, que la más pequeña contrariedad las acobarda y acongoja.



LOS GALLOS Y LA PERDIZ

Un hombre puso una perdiz entre unos gallos que la abrumaron a picotazos. Afligido por demás se hallaba el pobre animal, cuando vió otro día que los gallos se picaban entre sí. Entonces se dijo:

-En lo sucesivo no me afligiré

tanto, pues veo que los gallos también se maltratan unos a otros.

El hombre prudente debe sufrir con paciencia las injurias y especialmente las de aquellos que ni aun respetan a su propia familia.



LAS AVISPAS, LAS PERDICES Y EL LABRADOR

Unas perdices y unas avispas que estaban sedientas, pidieron agua a un labrador, ofreciendo aquéllas no tocar a la viña y asegurando éstas que ahuyentarían a los ladrones. El labrador, después de oírlas, respondió: —Tengo dos bueyes, que nada me prometen, pero que me prestan grandes servicios, por lo que prefiero darles de beber a ellos antes que a vosotras.

No se deben esperar servicios de los que nada pueden.



EL LEON Y EL ASNO

Un asno, que encontró a un león, se permitió burlarse de él, diciéndole con sorna:

—¡Dios te guarde, amigo!

—¡ Miserable!—repuso el rey de las selvas, indignado—. Mereces que te despedace, pero no mancharé mis dientes con tu sangre.

Perdonemos a los ignorantes y a los necios, porque su osadía no está a la altura de nuestro desprecio.

EL LOBO Y EL CABRITO

Viendo un lobo que un cabrito pacía en un prado, se acercó a él para matarlo; pero el cabrito huyó y se metió en un corral donde estaban los carneros. No se desanimó por esto el lobo, sino que, por lo contrario, tratando de hacérselo propicio con buenas palabras, le dijo:

—No seas imprudente, hijo mío, no vivas ahí, pues un día u otro te matarán. ¿Qué vas a hacer entre los carneros? ¿No ves el suelo lleno de sangre de los que cada día mata el carnicero? Sal y vuélvete

al prado a pacer.

—Señor lobo—contestó el cordero—, es inútil que os intereséis tanto por mí, porque por más que me digáis no me moveré: prefiero



que me mate el carnicero a ser devorado por vos.

Cuando alguno, sin pedírselos, nos da consejos, debemos oírlos con prevención, porque lo más probable es que quiera engañarnos.



EL LEOPARDO Y LAS MONAS

Las monas abundan mucho en Mauritania, donde los leopardos, que son sus más terribles enemigos, se valen de mil estratagemas para cazarlas. Viendo uno de éstos que se habían subido a los árboles. donde no podía cogerlas, fingió que desfallecía, que caía al suelo y que, al fin, moría en medio de lastimosas convulsiones. Observáronlo todo las monas, creyendo cierta la muerte de su enemigo, y para ver si había acabado de morir, enviaron a una, que se fué acercando poco a poco, comenzó a tocarlo, y al fin se echó a su lado. remedando los estremecimientos y convulsiones que había hecho el leopardo para fingir que moría. Finalmente hasta se le subió encima, y perdido así el miedo de las demás, bajaron todas de los árboles, rodearon el cadáver y jugaron a su alrededor como si tal cosa. Cuando más cansadas y distraídas estaban, levántase el leopardo, acomete a unas, derriba a otras v hiere a muchas, haciendo entre ellas gran destrozo.

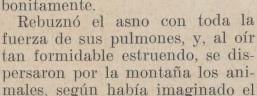
Nunca debemos fiarnos del enemigo, aun cuando nos parezca débil.

EL LEON Y EL ASNO

Quiso una vez el león ir de caza con el asno y subiéronse los dos a una montaña. Entonces el león le dijo al asno:

-; Sabes lo que has de hacer?

Rebuzna muy fuerte para levantar la caza, porque así los conejos, liebres, ciervos y gamos correrán de una parte a otra muy asustados y yo me los zamparé bonitamente.



león, de modo que éste les echó a todos la zarpa. Cansado ya de tanta carnicería, le dijo el león al asno que callase. Entonces el asno, orgulloso de su hazaña, le preguntó al león:

> —i Quétal?
> i No te ha valido de mucho la ayuda de mi voz?

—En verdad que ha sido cosa estupenda, hasta el punto de que yo mismo me hubiera

asustado, de no saber que eras tú
—respondió el león.

El fanfarrón atemoriza a quienes no lo conocen; pero es la burla de quienes saben quién es.

EL CAZADOR Y EL PERRO

Un perro, que durante toda su vida había prestado excelentes servicios a su amo en la caza, apoderóse de una liebre cuando era ya viejo y estaba muy cansado. Como su mucha debilidad no le permitió sujetarla bien, la liebre se le escapó.

—No sirves para nada—díjole el amo enfurecido—y no mereces

el alimento que te doy.

—Señor — respondió el perro—, soy ya muy anciano, carezco de fuerza y he perdido los dientes; pero acuérdate de lo bien que te he servido siempre y de los elogios que me tributabas en otro tiempo por lo mucho que valía, y ten en cuenta que ahora, a pesar de mis achaques, hago en obsequio tuyo todo cuanto puedo.

El que durante muchos años fué leal y fiel servidor, no debe ser menospreciado cuando, al llegar a



viejo, no le permiten sus fuerzas desplegar tantas energías como en la juventud.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Viendo una tortuga que una liebre se burlaba de sus pies, le invitó a correr juntas para ver cuál de las dos llegaría antes al término señalado. Eligieron por juez a la raposa, por ser astuta; pero sucedió que, fiando en su ligereza, la liebre quiso descansar un momento en el camino y se durmió, mientras que la tortuga no cesó de caminar y, sin correr, llegó mucho



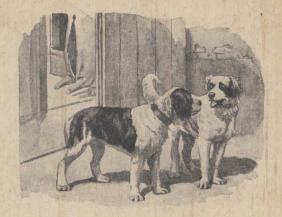
antes al sitio indicado y ganó la apuesta.

La perseverancia y la diligencia son más poderosas que la fuerza corporal.

EL LABRADOR Y LOS DOS PERROS

Habiéndose concluído las provisiones a un labrador a causa de las grandes nevadas del invierno, degolló primero algunas ovejas para alimentarse, luego echó mano de las cabras, y finalmente mató los bueyes de la labranza.

—Huyamos de aquí—dijeron los perros, al ver esto—, porque si el amo no ha perdonado ni aun a los bueyes que le son tan útiles, ¿cómo nos perdonará a nosotros que le somos menos necesarios?



Debemos apartarnos de los que tratan sin piedad a quienes les sirven fielmente.

EL PERRO Y EL PEDAZO DE CARNE

Iba un perro por la orilla de un río con un buen pedazo de carne entre los dientes, cuando vió su propia imagen reflejada en las aguas como en un espejo. Creyendo que era otro perro con un trozo de carne más grande que el suyo,



quiso cogerlo; y al abrir la boca, se le cayó al agua el suyo, quedándose sin nada.

Vale más lo poco si está seguro, que lo mucho si es dudoso; ni nunca se han de codiciar los bienes de los demás, porque debemos contentarnos con lo nuestro.



EL BUITRE Y LAS OTRAS AVES

Fingiendo un buitre que quería celebrar el aniversario de su nacimiento, convidó a las otras aves menores a cenar; pero, cuando las tuvo dentro de su cueva, cerró la entrada y comenzó a matarlas, no dejando ni una viva.

Los humildes deben desconfiar de los poderosos que los halagan.

EL HACHA Y EL MANGO

Habiendo el hombre fabricado un hacha, pidió a la selva que le suministrara madera fuerte para



hacerle un mango. Accedió la selva a la petición; pero, tan pronto como puso el hombre mango a la segur, comenzó a cortar ramas y árboles a diestra y a siniestra.

—Bien merecido lo tenemos — dijo la encina, al ver tal desmoche—, por haber dado al hombre la madera que necesitaba para utilizar el hacha.

No debemos dar armas a los enemigos, si no queremos que se sirvan de ellas contra nosotros.



LA COMADREJA Y EL HOMBRE

—No me mates—decía una comadreja al hombre que la había cogido—. Perdóname en atención a que te limpio la casa de ratones.

—Si lo hicieras para hacerme un favor — contestó el hombre—, te lo agradecería y te perdonaría; pero tú persigues y matas los ratones para mantenerte, y, por consiguiente, no ponderes servicios que no me prestas.

Son muchos los que, obrando sólo por propio interés, pretenden contraer méritos que no han hecho.



EL PAJARERO Y LAS AVES

Alegres y tranquilas hallábanse las aves al pie de un árbol, saltando sobre el suelo en un hermoso día de verano, mientras que un pajarero preparaba las redes y reclamos para cazarlas. Sencillas e ignorantes, creían las aves que aquel hombre les arreglaba nidos; pero una de ellas, más experimentada, dijo a sus compañeras:

—¡ Cuán tontas sois, aves sencillas, que no conocéis que este hombre os prepara asechanzas! Huid de él y observadlo, y veréis que si llega a coger alguna de vosotras será para matarla.

Nunca deben despreciarse los buenos consejos, porque, siguiéndolos, podemos, a veces, evitar grandes peligros.



EL PADRE Y EL HIJO MALCRIADO

A un padre, que tenía un hijo muy caprichoso y malcriado, le refirió un sabio este cuento:

"Cierto labrador unció un becerro con un buey para amansarlo, pero el becerro corneaba al buey y arrojaba el yugo al suelo. Viendo esto, dijo el labrador al becerro:

»—No creas que te haya uncido para que ares y labres desde luego la tierra, sino para irte enseñando ahora que eres joven; pero, si no quieres amansarte buenamente, te castigaré con toda severidad.»

Cuando son pequeños es cuando deben educarse y corregirse los hijos, porque el ánimo de los niños se doma fácilmente, como se amolda sin dificultad la blanda cera.



EL LOBO, LA MUJER Y EL NIÑO

Acercóse con cautela un lobo a una casa de campo.

Lloraba dentro un niño, y el lobo

oyó que la madre le decía:

—Si no callas, te echaré al lobo. Creyendo el lobo estas palabras, pasó toda la noche esperando que la madre le entregara su hijo; pero durmióse éste y, al ver la fiera que no le cumplían la promesa, trató de volver a su guarida. Entonces le acometieron los perros ladrando, y lo mataron.

El amor maternal es siempre superior a la ira, por lo que no debe hacerse caso de las palabras de las madres contra sus hijos.



EL VIEJO Y SUS HIJOS

Un labrador que tenía varios hijos, enemistados entre sí, quiso hacerles entrar en razón y avenirlos. Congregó a todos, y mandando traer una porción de varas, las reunió en un haz, y preguntó quién se atrevía a romperlas. Lo intentaron todos; pero ninguno lo consiguió. Entonces el padre, desatando el

haz, les mostró lo fácil que es romper cada vara estando sola.

—Así—les dijo—, nadie podrá venceros si estáis unidos; pero, si estáis divididos, cualquiera puede haceros mal y perderos.

La unión hace fuertes a los débiles, y la división convierte en débiles a los fuertes.

LA CABRA, EL CABRITO Y EL LOBO

—Mira, hijo mío—dijo en cierta ocasión la cabra a su hijo el cabrito—, me voy a pacer. Quédate

en casa, y no abras la puerta a nadie, porque rondan por ahí muchas fieras en acecho de deverar al ganado.

Poco después de haber salido la cabra, vino el lobo, y, fingiendo la voz de aquélla,

llamó a la puerta, diciendo:

—Abre, hijo mío, que ya estoy
de vuelta.

El cabrito no se fió de la voz, y mirando por el ojo de la llave vió al lobo y exclamó:



—Vete, mal enemigo, que finges la voz de mi madre para comerte mi carne y beberte mi sangre. Vete, que no te abriré.

Hay que obedecer a los padres, sin hacer caso de

quienes con mala intención se fingen amigos y nos adulan con voz melosa.

EL LEON, EL TORO Y EL CHIVO

Huía a escape un toro perseguido por un león, y al pasar por una gruta en donde vivía un chivo, intentó esconderse en ella; pero el



chivo le impidió la entrada con sus cuernos. Por no caer en las garras del león, que ya cerca venía, siguió adelante el toro en su carrera, no sin decir al chivo:

—No me voy porque te tenga miedo, sino porque el león me persigue. De otro modo, ya te enseñaría a dejarme libre la entrada.

Hay quienes se complacen en agravar la desgracia del desgraciado y se atreven con el que se ve perseguido por enemigos poderosos.

EL AVARIENTO Y EL ENVIDIOSO

Dos hombres, uno de los cuales era muy avariento y el otro muy envidioso, rogaron a Júpiter que

les satisficiera sus anhelos. Envió el padre de los dioses a Apolo para que se enterase de sus deseos, pero con la condición de que uno de ellos pidiera el primero para que el segundo recibiera on a Júpiter que el otro pediría; pero, comprendiendo el envidioso que siendo el primero en pedir

diendo el envidioso que siendo el primero en pedir recibiría el avariento doble que él, pidió que le sacaran un ojo, para que al avariento le sacaran los dos.

dos.

La avaricia es insaciable, pero la envidia es más perniciosa aún, porque ocasiona mayores daños.

vidioso, para obtener dobles ri-

quezas que las que supuso que

doble de lo que aquél hubiera pedido. Al oír esto el avariento, quiso que pidiese primero el en-

LA ZORRA Y LAS UVAS

La zorra, que tenía mucha hambre, salió al campo en busca de comida. Al pasar por debajo de una parra muy alta, de la que colgaban gordos y hermosos racimos de uvas ya maduras, quiso cogerlas y daba grandes saltos para alcanzarlas, pero por más que hizo no pudo morder ni un grano. Al fin, se marchó muy triste, y para consolarse se decía:

—La verdad es que no vale la pena de cogerlas, porque todavía están verdes.

Muchos menosprecian o no dan importancia con sus palabras a lo que ardientemente desean, pero



que no pueden lograr con sus obras.

EL LEON Y LA ZORRA

Por no tomarse la molestia de ir de caza, se fingió enfermo el león, para de este modo matar y comerse a todos los animales que fueran a visitarlo. Con tal engaño entraban muchos en su cueva y los devoraba. Llegó también la zorra; pero no quiso entrar, sino que desde afuera le preguntó al león cómo seguía de su enfermedad. El león, en vez de responder-le a derechas, le preguntó:

—; Por qué no entras? ; Desconfías de mí?; No ves que estoy muy malito y apenas puedo tenerme de debilidad? No temas; entra sin

recelo.

A lo que repuso la zorra:

—Ya me guardaré vo de entrar,



porque veo las pisadas de los que han entrado, pero no las de los que debieran haber salido.

No debemos fiarnos del primero que nos hable, y hay que ir con cautela en todo cuanto nos digan gentes de no muy buena intención, porque, probablemente, sus palabras y consejos, en vez de beneficiarnos, obedecen al propósito de lucrarse con nuestra credulidad.



EL ENFERMO Y EL MÉDICO

Cierto médico preguntó a un enfermo, a quien visitaba:

—; Cómo se encuentra, amigo? ; Ha tomado la medicina que le receté?

—He sudado copiosamente y, después, he tenido un frío muy intenso — respondió el paciente, muy desconsolado.

—Son síntomas de mejoría — dijo el galeno y siguió interrogando—: ¿Sufre alguna molestia en

el estómago?

—Digiero los alimentos con mu-

cha dificultad.

—Es, sin duda, efecto de la medicina; pero también es síntoma de mejoría—repuso el médico, y se marchó.

Apenas éste se hubo ausentado, dijo el enfermo a las personas que

lo rodeaban:

—Todos los males que me aquejan son síntomas de mejoría, según afirma el médico; pero lo cierto es que, a pesar de la opinión del facultativo, me estoy muriendo.

Desconfiemos de los que nos dicen cosas agradables para halagarnos, porque seguramente nos ocultan la verdad.



LA ZORRA Y LOS CAZADORES

Huyendo de los cazadores una zorra v considerándose ya perdida, suplicó a un leñador que la ocultara en su choza, a lo que accedió el hombre en seguida. No tardaron en llegar los cazadores y, al preguntar al leñador si había visto a la zorra; contestó el hombre que no; pero al mismo tiempo les guiñaba los ojos y les señalaba con las manos el sitio en que estaba oculta. Los cazadores no comprendieron, sin embargo, las señas, y se fueron, lo cual fué visto por la zorra, que salió de su escondrijo y pasó por delante del leñador sin decirle palabra.

—; Cómo es esto?—exclamó el leñador—, ; acabo de salvarte la vida y ni siquiera me das las gra-

cias?

—¡ Ay, amigo!—respondió la zorra—. Si tus manos, tus ademanes y tus obras fueran tan buenos como tus palabras, seguramente te las habría dado muy cumplidas.

Es un traidor, o un necio, quien promete el bien y hace el mal, porque las obras deben estar en consonancia con las palabras, y unas y otras deben ser buenas.

EL LEON REY

Deseando el león, rey de los animales, obtener la estimación de sus súbditos, prometió no hacer daño a ninguno y proteger a todos; pero, arrepentido, sin duda, de sus buenos propósitos, no cesó de buscar pretextos para devorarlos.

Al efecto, fué llamando y preguntando, a uno por uno, si le olía la boca y, a éste porque decía que sí y al otro porque decía que no,

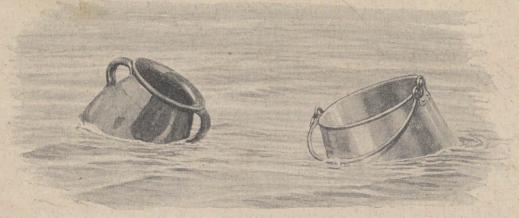
se los engulló a todos.

Llególe el turno a la mona, y la muy taimada, para librarse de las garras del rey de la selva, cuando fué interrogada, entonó un himno de alabanzas que no le libró, sin embargo, de la muerte, porque el león, fingiéndose enfermo, se hizo



recetar carnes ligeras y de fácil digestión y se tragó a aquélla, por prescripción facultativa.

Como, para el que desea hacer daño, todos los medios son buenos para satisfacer su deseo, lo más prudente es alejarse de él, especialmente si tiene alguna autoridad sobre nosotros.



LAS DOS OLLAS

Un río que salió de madre, arrastraba en la corriente dos ollas, una de cobre y la otra de barro. No era igual el movimiento de las dos, porque la de barro iba delante por ser más ligera, y la de cobre se quedaba detrás por ser más pesada. Decía ésta a la otra, que la esperase para ir juntas, y que no temiese que le hiciera daño; pero

la de barro contestó que agradecía sus deseos, pero que no se detendría porque el movimiento de las aguas las podía hacer chocar, y como más débil se haría mil pedazos.

No conviene tener por compañeros a los más fuertes, porque éstos pueden hacer daño sin exponerse a recibirlo.

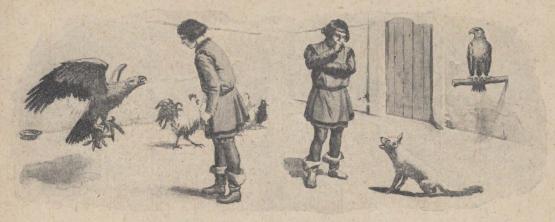


EL HOMBRE Y LAS DOS MUJERES

Habitaba en una misma casa cierto hombre con dos mujeres, joven la una y la otra de más edad, y como tuviese el pelo ya entrecano, cuando le peinaba la más joven le quitaba los cabellos blancos para que no pareciese de tanta edad, y al peinarlo la más vieja le quita-

ba los cabellos negros para disgustar a la joven, de donde resultó que entre ambas dejaron al infeliz sin un cabello.

No es posible dar gusto a todos. La igualdad en las edades contribuye a conservar las simpatías.



EL AGUILA Y EL HOMBRE

Habiendo un hombre cogido a un águila, le arrancó las plumas de las alas y la puso entre unas gallinas para que allí viviese. Creciéronle de nuevo las alas al águila, y echando a volar pilló una liebre y se la trajo al hombre en muestra de gratitud por haberle perdonado la vida. Enterada del suceso una zorra, aconsejó al hombre:

—No des acogida como hasta aquí a esa ave, no sea que te cace a ti como ha cazado a la liebre.

Al oír esto, el hombre volvió a despojar al águila de sus plumas.

Justo es mostrarse agradecido con los bienhechores; pero también es bueno precaverse contra los perversos.



EL AGUILA Y EL CUERVO

Viendo un cuervo que las águilas arrebataban los corderos entre sus garras, quiso hacer lo mismo, y, emprendiendo el vuelo, se dejó caer sobre un cordero. Enredáronsele las uñas en la lana, acudió el pastor, lo cogió, le cortó las alas y lo entregó a los muchachos para que se divirtieran. Tan desfigurado quedó, que preguntó uno qué clase de ave era, y el pobre cuervo dijo:
—En cuanto al pensamiento, fuí
águila; pero, en cuanto a las obras,
conozco que he sido sólo cuervo.

Nadie debe pretender hacer más de lo que permitan sus fuerzas, porque quien acomete empresas imposibles se expone a sufrir un gran fracaso.



EL REY Y LAS MONAS

Con objeto de divertirse, ordenó cierto rey de Egipto que enseñaran

a bailar a algunas monas.

Para satisfacer el deseo del soberano, encargáronse de instruir a los simios en el arte de Terpsícore los más hábiles bailarines del reino y, al poco tiempo, las monas bailaban ya con perfección.

El rey, entonces, las vistió con ricos y vistosos trajes de variados colores y las presentó a gran número de personas, en cuya presencia las hizo bailar; pero, cuando más graciosamente efectuaban las figuras y contorsiones que les habían enseñado, ocurriósele a uno de los espectadores arrojarles algunas nueces, e inmediatamente se descompuso el baile.

Las monas corrieron detrás de los frutos que les habían arrojado, golpeándose y arañándose unas a otras y rasgándose los vestidos con gran júbilo de los que presenciaban el gracioso espectáculo.

El carácter y condición de las personas no varía, aunque éstas pretendan ocultarlos con trajes y adornos.

EL GRAJO Y LOS PAVOS REALES

Recogió un grajo vanidoso las plumas que se le habían caído a un pavo real, y, engalanándose con ellas, se entremetió en la manada de pavos reales, desdeñándose de alternar con los demás grajos; pero, conociendo los pavos que no era de su especie, le arrancaron las plumas y lo ahuyentaron a picotazos. Vióse entonces obligado el grajo a volver con los suyos; pero éstos lo rechazaron, diciéndole:

—Si no te hubieras separado de nosotros, conformándote con tu suerte, no habrías recibido aquella afrenta, ni tendrías este disgusto.

Los que no se conforman con su



estado y buscan otro aparentemente más hermoso, sólo obtienen desengaños y pesadumbres.



LOS DOS ENEMIGOS

Tan reñidos y enemistados entre sí vivían dos hombres, que al navegar en una misma nave, no quisieron estar juntos, y el uno se fué a la popa y el otro a la proa, para no mirarse siquiera. Levantóse de pronto una horrible tempestad, que puso a la embarcación en gran peligro, y, estando a punto de perecer todos, preguntó al piloto el que estaba en la proa, qué

parte de nave era la primera que se tragarían las olas, porque si era la popa donde se hallaba su contrario, moriría por su parte contento, con tal de haber visto perecer antes a su enemigo.

El odio que fomenta la enemistad llega a tal extremo, que consiente uno en perderse a sí mismo con tal de perder al prójimo.

EL ASNO CON PIEL DE LEÓN

Habiendo encontrado el asno en el monte un león muerto, le quitó la piel y se vistió con ella para que los demás animales creyeran que era un león. En efecto, todos los animales huyeron espantados al aparecer el asno con piel de león en el monte, y él decía:

—¡ Qué bien me he disfrazado! Todos me respetan y temen.

Pero el labriego, de quien el asno había huído, fué en su busca, y al verlo de lejos lo tomó también por león y le tuvo miedo. Sin embargo, como la piel de león que el asno se había puesto no le llegaba a tapar las orejas, conociólo su amo en cuanto estuvo más cerca, y des-

pués de arrancarle el disfraz, le molió a palos las costillas.

Quien quiere aparentar lo que



no es, acaba por descubrir su verdadera condición.

EL AGUILA Y EL ESCARABAJO

Corría una liebre a todo correr, perseguida por un águila, y viendo que no le era posible escapar, se refugió en la covachuela de un escarabajo pidiéndole amparo. El



escarabajo juró defender a la liebre, y al llegar el águila le pidió con muchas súplicas que no la matase; pero el ave de rapiña, sin hacer caso de los ruegos del escarabajo, por verlo tan ruin, se llevó entre sus garras a la liebre. Entonces averiguó el escarabajo en dónde tenía su nido el águila, y trepando sigilosamente hasta él, hizo rodar con sus patitas los huevos del nido, que se estrellaron contra el suelo. Desconsolada el águila al ver perdida su cría, le suplicó a Júpiter que le señalase un lugar seguro para poner los huevos. El dios le dijo que los pusiera en su propio regazo; pero, al saberlo el escarabajo, trepó hasta el trono del padre de los dioses y puso una de sus bolas junto a los huevos del águila. Al ver Júpiter aquella inmundicia, se sacudió el manto y los huevos rodaron al suelo.

No menospreciemos a nadie, porque aun los más débiles son capaces de vengar un agravio.

LOS CUATRO BUEYES

Cuatro bueves, que siempre pacían juntos en los prados, se juraron eterna amistad, y cuando el lobo les embestía, se defendían tan bien, que jamás perecía ninguno. Comprendiendo el lobo que, mientras aquéllos estuvieran unidos, no podría vencerlos jamás, discurrió el medio de indisponerlos entre sí, diciendo a cada uno en particular que los otros murmuraban de él y que lo aborrecían. De esta manera logró infundir sospechas entre los bueyes; pero de tal manera que, al fin, rompieron su alianza y se separaron. Entonces el lobo los fué cazando y matando uno a uno.

—Sólo nosotros tenemos la culpa de nuestra muerte—exclamó el último buey antes de morir—, porque, dando crédito a los malos con-



sejos del lobo, no hemos permanecido unidos, y así le ha sido fácil devorarnos.

La unión constituye la fuerza de los débiles, como la discordia destruye a los poderosos.



EL PERRO Y LA OVEJA

Deseando perjudicar un perro a cierta oveja, le pidió el pan que decía le había prestado. La oveja, que no había recibido pan alguno, lo negó, como era natural; pero, como insistieran ambos en sus respectivas afirmaciones sin que lograran ponerse de acuerdo, resolvieron, al fin, presentarse al juez para que éste terminase la disputa. Ofreció el perro presentar testigos dignos de crédito, y, convenido con un lobo, un buitre y un milano, éstos atestiguaron a favor suyo y en contra de la verdad, asegurando los tres que estaban presentes cuando el perro había prestado el pan a la oveja. Oídas estas declaraciones, no vaciló el juez en condenar a la oveja a que lo devolviera, aunque ésta negó haberlo recibido. No teniendo con qué pagar la inocente, se hizo trasquilar la lana, a pesar de que se hallaban en pleno invierno, y con ella pagó el pan que no debía, y que le costó no poco trabajo y mucho frío.

Los testigos falsos, puestos al servicio de malas causas, pueden torcer la vara de la justicia, con perjuicio de los inocentes y de los débiles.

EL RATON, LA RANA Y EL MILANO

Queriendo un ratón pasar un río, suplicó a una rana que lo auxiliase, y ésta, que concibió la mala idea de ahogarlo, le contestó:

—Te pasaré con mucho gusto, pero es preciso que ates tu pierna a la mía.

Creyóla de buena fe el ratón y se dejó atar con ella; pero, como al entrar la rana en el río comenzase a meterse debajo del agua, para ahogarlo, principió el ratón a dar chillidos esforzándose cuanto podía para mantenerse a flote.

Un milano, que presenciaba la lucha, arrebató con sus uñas al



ratón que nadaba a flor de agua; llevándose también consigo a la rana que estaba atada, y en un momento los despedazó a entrambos.

Los que pretenden hacer mal al prójimo son con frecuencia víctimas de su propia maldad.



EL PERRO ENVIDIOSO

Acostábase cierto perro muy envidioso en un pesebre lleno de heno, y cuando venían los bueyes al establo no les quería dejar comer. Acercóse un buey para tomar un bocado, y el perro se puso furioso, enseñándole los dientes.

—Bestia envidiosa — le dijo el

buey—, cuán perverso eres, pues ni siquiera permites que me aproveche de lo que no te sirve.

Dejemos que los demás se aprovechen de lo que no nos hace falta, y no envidiemos a los más afortunados.



LA ABEJA Y JUPITER

La abeja, que fué a hacer sacrificios a los dioses, ofreció miel a Júpiter, y tanto agradó a éste la ofrenda, que prometió al insecto concederle cuanto le pidiese.

—En ese caso—dijo entonces la abeja—, otorgadme la gracia de matar con mi picadura a cuantos hurten la miel de mis colmenas.

Júpiter, que amaba a los hombres y que no podía negar la gracia que se le había pedido, repuso:

—Matarás a quien piques; pero, al hacerlo, perderás el aguijón y, con éste, la vida.

Los males que deseamos a nuestros enemigos nos ocasionan a veces tanto daño como a ellos.



EL CAMELLO Y JUPITER

Disgustado un camello al ver que los toros tenían cuernos para defenderse y que él no tenía defensa alguna, se quejó a Júpiter diciéndole que era bien extraño que los toros tuviesen cuernos, los puercos dientes, los erizos púas, los gatos uñas, y así todos los animales, menos él, que era de los más corpulentos. Entonces Júpiter, enfadado, repuso:

—Ya que no estás contento con lo que te dió la naturaleza, te quito las orejas.

Y se las arrancó.

Codiciando lo ajeno, nos exponemos a perder lo propio.



LOS PERROS

Habiéndole puesto a un perro, que solía morder a todos, un cencerro para que se apartasen de él, creyó el majadero que era una distinción que le hacía su amo por preferirlo a otros, y no hacía caso de los demás de su raza, hasta que un perro viejo lo desengañó diciéndole que sólo por ser de mala ín-

dole y como testimonio de su maldad le habían puesto el cencerro.

Avergonzado entonces el perro, y lleno de confusión, se escondió y no volvió a presentarse entre las gentes.

Son muchos los que hacen gala y se vanaglorían de cosas de que debieran avergonzarse.

EL MERCADER Y EL ASNO

Un mercader que iba a la feria con un asno muy cargado, castigábalo a cada momento con la vara para que llegara más pronto: tanto era el afán que tenía de vender sus mercancías. No pudiendo el asno caminar más de prisa, y viéndose castigado tan sin razón, deseaba morir, creyendo que, después de muerto, tendría al menos tranquilidad y sosiego. Tanto fué su cansancio, que al fin murió; pero, aun después de muerto, no lo dejaron en paz, porque el mercader lo desolló y empleó su cuero en hacer panderos.

Ninguno debe desear la muerte para evitar los trabajos en que vive.



LA ZORRA, EL GALLO Y LOS PERROS

Cierta zorra, que estaba muy hambrienta, embistió a unas gallinas y a un gallo que, para librarse de ella, se subieron precipitadamente a un árbol. Viendo la zorra que no podía subir, dijo al gallo:

—Amigo, te traigo muy buenas noticias: ayer se firmaron las paces entre todos los animales, de suerte que entre nosotros ya no habrá más disputas ni enemistades. Baja, pues, con las gallinas y nos reconciliaremos.

El gallo, que desde lo alto del árbol vió que se aproximaban dos lebreles, contestó a la zorra:

—Lo celebro mucho, y sin duda vendrán a traer esta noticia los dos perros que vienen corriendo.

—¡ Mucho siento no poderme esperar—replicó la zorra—; pero tengo que marcharme en seguida!

—; Por qué te vas tan pronto? preguntó el gallo—; ; por qué temes?; no hay paz entre nosotros?

A pesar de esto, la zorra no quiso esperar y huyó sin tardanza.

Con palabras amistosas pretenden a veces engañarnos nuestros



enemigos; pero, viviendo prevenidos, no caeremos en sus lazos.



EL AVARIENTO

Un hombre muy avaro vendió cuanto poseía, lo redujo todo a oro y lo enterró en un sitio oculto, que visitaba diariamente para complacerse en su contemplación; pero, observado por un vecino suyo, éste desenterró el tesoro y se lo llevó.

El desconsuelo del avaro, al enterarse del robo, no tuvo límites, y comenzó a llorar y a arrancarse

los cabellos.

Enterado de la causa de su dolor otro hombre, le dijo:

—; Para qué te servía un tesoro, que tenías oculto y no lo utilizabas? Coloca una piedra en su lugar, imaginate que es oro y te prestará el mismo servicio que el tesoro que te han robado.

El dinero no sirve para nada si no se disfruta de él.

LA ZORRA Y LA CABRA

Se había caído la zorra en un pozo de donde no podía salir por ser el brocal bastante alto, cuando llegó una cabra, y, asomándose, le preguntó a la zorra:

— ¡ Qué tal es el agua? ¡ Es dulce? ¡ Hay mucha? ¡ Está clara?

—Baja, baja, amiguita—respondió la zorra—, porque es el agua tan rica que no me harto de beber.

Bajó la cabra, y aprovechándose la zorra de la ocasión, se valió de los grandes cuernos de su amiga como de escalera para salir del pozo, donde dejó a la cabra.

Hay quienes para beneficiarse



ellos no reparan en perjudicar a los demás.

EL ADIVINO

Decía en la plaza un adivino la buenaventura cuando le comunicaron que acababan de abrir las puertas de su casa y robado cuanto había en ella. Tan pronto como lo oyó, echó a correr hacia su morada, y, al verlo, uno le dijo:

—Hombre, ¿ ofreces adivinar la suerte de los demás y no has sabi-

do adivinar la tuya?

Son muchos los que, no sabiendo manejar sus propios negocios, dan



consejos pretendiendo dirigir a los demás.

EL NEGRO

Un caballero compró un negro, convencido de que, lavándolo, se le quitaría el color obscuro que, según creía, sólo provenía de la falta de limpieza. Dióle con este objeto infinidad de baños y lo lavó de mil modos, pero no consiguió que su color negro se volviera blanco, logrando únicamente que el infeliz enfermase.

Los defectos que proceden de la



naturaleza no se corrigen fácilmente.

EL ASNO Y LOS CAMINANTES

Al pasar dos hombres por un lugar extraviado, se encontraron un burro y, como cada uno de ellos quiso apropiárselo, empezaron a disputar acerca de quién tenía mejor derecho a él; pero, mientras



discutían, se escapó el asno, dejando a ambos iguales.

Algunos hombres desaprovechan la suerte que puede favorecerlos, por perder la oportunidad de utilizarla.



EL CAZADOR Y EL JILGUERO

Habiendo sido cogido un jilguero por cierto cazador, decía al verse entre sus manos:

—Si hubiese podido prever tu traidor engaño, no hubieras logrado cazarme.

El cazador contestó:

—Esto quiere decir que pillo a los desprevenidos, que no se precaven contra las asechanzas.

No se debe vivir descuidado, sino que, por lo contrario, debemos guardarnos de los traidores, para no caer en sus redes.

LA RAPOSA Y EL GATO

Se alababa una raposa, hablando con un gato, de saber mil me-



ЕВОРО. —6

dios distintos para preservar su vida, a lo que contestó el gato que no era tan sabio, pues sólo confiaba en su ligereza en trepar para salir de cualquier apuro. Presentáronse de pronto los perros, y el gato logró escaparse encaramándose a un árbol; pero la raposa, que no pudo hacer lo mismo, cayó en poder de sus enemigos.

Vale más saber una sola cosa útil, que muchas que no sirven.



EL ASNO SILVESTRE

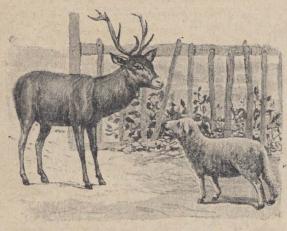
Un asno que vivía libremente en las selvas, al ver que otro de sus compañeros pacía en una heredad, se acercó a él y le dijo que debía ser muy dichoso teniendo pasto abundante y seguro el albergue; pero, observando al poco rato cómo lo cargaban y le arreaban las mozos con la vara, agregó:

—Seguramente no creeré en lo sucesivo que eres dichoso, pues veo que tu aparente felicidad te cuesta muy cara.

No debemos envidiar los bienes que reportan miserias y peligros.

EL CIERVO, LA OVEJA Y EL LOBO

Un ciervo le pedía a la oveja que le devolviese una fanega de trigo que tiempo atrás le había



prestado, según aseguraba el testimonio del lobo allí presente. Aunque no era verdad lo del préstamo, la oveja, espantada por la presencia del lobo, confesó que en efecto debía la fanega de trigo y pidió un plazo para devolverla. Llegado el día, volvió el ciervo a reclamar la deuda; pero, como ya no estaba el lobo presente, respondió la oveja:

—Confesé que te debía el trigo por temor de que me devorase el lobo. Mi promesa fué forzada; pero ahora que no tengo miedo al lobo, te diré que vayas a engañar a los topos, porque yo no te debo

nada.

De nada sirve lo que se alcanza por fuerza o engaño, porque llega día en que vence la justicia.

LA RANA Y EL BUEY

Desde el estanque en donde vivía, vió una rana a un buey que en la margen estaba paciendo, y admirada y envidiosa de la corpulencia del buey, creyó que podría igualarle con tal de hincharse el pellejo, como así lo hizo.

Al cabo de muchos esfuerzos por hincharse, les preguntó a sus hijos si tenía ya la misma corpulencia que el buey. Como le respondiesen negativamente, volvió ella a hincharse con mayor esfuerzo; pero, como ni aun de este modo consiguiera llegar a igualarse con el buey, le dijeron los hijos:

—No te esfuerces, madre, que, por más que hagas, no has de lograr jamás ser tan corpulenta como el buey.

Pero la rana no hizo caso del



consejo y siguió hinchándose hasta que por último reventó.

Nadie ha de intentar ir más allá de donde alcancen sus fuerzas, porque reventará como la rana que quiso igualarse con el buey.

EL LOBO Y LOS PASTORES

Cogido un lobo en una trampa, los pastores trataron de darle muerte a pedradas; pero, compadecido uno de ellos, no sólo rogó a los demás que no lo matasen, sino que también dió pan al lobo para que comiese.

Llegada la noche, retiráronse los pastores a sus chozas, creyendo que el animal moriría; pero, por lo contrario, éste recobró las fuerzas, saltó del hoyo en que había caído y marchóse a su guarida.

Transcurrido algún tiempo, el lobo, deseando vengarse de los pastores, acometió a sus ganados y mató gran número de reses.

Entonces, el pastor que le había salvado la vida, buscó al lobo y, cuando lo hubo encontrado, le rogó que no hiciera daño a sus ovejas.

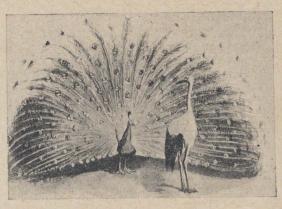
Tú, que te apiadaste de mí-



contestó el lobo—, nada tienes que temer, porque yo sólo haré daño a los que me injuriaron y maltrataron.

No ofendamos a nadie si no queremos ser ofendidos, porque no

hay agravio que quede impune ni hay enemigo pequeño. Seamos, pues, compasivos con todo el mundo, porque ninguna obra buena deja de ser recompensada.



EL PAVO REAL Y LA GRULLA

Convidó el pavo a comer a la grulla, y de sobremesa hablaron de las prendas y cualidades de que uno y otra estaban adornados. El pavo, extendiendo en forma de abanico su pintada y magnífica cola, dijo:

— ¡ No ves qué espléndido plumaje tengo? Ni las piedras preciosas pueden igualarlo en brillantez

y colorido.

—Confieso — respondió la grulla—que eres un ave mucho más hermosa que yo; pero, si tus plumas son más vistosas que las mías, no te sirven para volar; y, en cambio, yo, con estas plumas grises y sin brillo, puedo subir hasta las nubes y ver bajo mis ojos las maravillas del mundo.

No siempre las cualidades, al parecer más brillantes, son las más útiles, ni hemos de menospreciar a nadie, porque cada cual tiene alguna prenda particular que lo distingue y caracteriza.

EL LOBO Y EL CORDERO

Un lobo y un cordero estaban muy sedientos y se pusieron a beber agua en un río. El lobo se puso, aguas arriba y el cordero aguas abajo; pero, como el lobo tenía ga-

nas de moverle contienda al cordero, le dijo:

—; Por qué me has enturbiado el agua?

El cordero respondió mansamente: —; Cómo te

la he podido enturbiar si tú bebes más arriba del río que yo?

El lobo repuso al ver la razón del cordero:

—Con todo eso me aborreces.

—Yo no te aborrezco.

—Hace medio año me injurió tu padre.

—Aun no había yo nacido hace seis meses.

Pero el lobo siguió porfiando y dijo:

— ¿ Por qué paciste la hierba de

mi campo y me lo echaste a perder?

—Aun no tengo dientes para pacer.

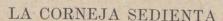
Entonces el lobo, dejándose de reconvenciones, exclamó:

-Pues bien,

por mucha razón que tengas, me da la gana de devorarte.

Y el lobo se comió sin más ni más al cordero.

Contra las gentes perversas y de mala intención, de nada valen las razones; y abusan de su fuerza para oprimir a los débiles.



Deseaba beber una corneja sedienta en un cubo que encontró cerca de un pozo; pero, como en éste había tan poca agua que apenas alcanzaba a ella con el pico, discurrió un medio para conseguirlo. Al efecto, empezó a echar piedrecitas dentro del cubo, llevándolas con el pico; el agua subió más arriba, y la corneja pudo beber sin dificultad alguna.

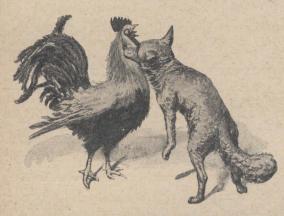
Más pueden el arte y el ingenio que la fuerza.



LA ZORRA Y EL GALLO

Una zorra que tenía tanta hambre como astucia, pasó por delante de un gallinero, y al ver al gallo, le dijo:

-; Cómo te va, amiguito gallo?



Vengo a verte porque conocí mucho a tu papá y quisiera saber si tienes tan hermosa voz como él, cuyo canto era la delicia de toda la comarca. ¿ Por qué no cantas un poco? Me parece que has de cantar mejor todavía que tu papá.

El gallo, engreído por las alabanzas de la zorra, lanzó al aire un sonoro quiquiriquí cerrando los ojos para dar las notas más altas. Entonces la zorra saltó sobre él y echó a correr llevándoselo en la boca.

La dueña del gallinero salió escapada en persecución de la ladrona, gritando:

No te lleves el gallo, que es

mío.

—; No oyes lo que dice esa mujer?—dijo entonces el gallo a la zorra—. ; Por qué no la desmientes? Dile que no soy suyo sino tuyo.

La zorra, a pesar de su astucia, soltó al gallo de la boca para responder que era suyo y muy suyo, y mientras tanto el gallo voló a la rama de un árbol, desde donde exclamó:

—Mientes, zorra embustera, que no soy tuyo, sino de mi ama.

El que habla imprudentemente no tarda en arrepentirse de sus palabras, y así es preciso pensar mucho lo que se ha de decir.

LA PULGA Y EL CAMELLO

Habiéndose puesto una pulga sobre la carga que llevaba un camello, decía vanagloriándose que era más que él, puesto que iba encima, y por fin saltó al suelo diciéndole:

—Amigo mío, conozco que peso mucho, y teniendo compasión de ti

he bajado.

—De nada me sirve—respondió



el camello—el favor que pretendes haberme hecho, pues tu cuerpo ni quita ni añade lo más mínimo a mi carga.

Ridícula es la protección jactanciosa que ofrecen los que nada pueden.

EL PESCADOR Y LOS PECES

Púsose un pescador a tocar-la flauta dentro de su barquichuelo, creyendo que al oírla se acercarían los peces y podría cogerlos con la mano; pero, viendo que no hacían caso alguno de la música, echó las redes a la mar y pescó gran número de ellos. Contento sobremanera el pescador, exclamó:

—; Oh peces, creía que os gustaba la música porque saltáis siempre al salir del agua, pero



conozco que es más provechoso servirme de la red que de la flauta!

No proyectemos cosas nuevas, mientras las conocidas o antiguas nos sean útiles, porque nadie debe dejar lo cierto por lo dudoso.

EL CAZADOR Y EL MIRLO

Viendo un inocente mirlo que cierto cazador tendía sus redes, le preguntó qué era aquello que hacía, a lo que respondió el cazador que iba a edificar un pueblo. Acercóse el mirlo sin desconfianza al cebo puesto junto a la red, y cayó en ella; pero, al acercarse el cazador a cogerlo, le dijo con ironía:

—Si tratas de formar tu pueblo



por medio de la traición y del engaño, no habrá muchos que acudan a habitarlo.

Nada destruye tanto las sociedades, como la mala fe y la crueldad de los que las gobiernan.

EL MÉDICO

Presentóse un médico en casa de uno de sus clientes que acababa de expirar, y, al ver que lo amortajaban, exclamó:

—Este hombre no habría muerto si hubiera usado de lavativas y no hubiese bebido vino.

—¡ Qué lástima, doctor—añadió intencionadamente uno de los circunstantes—, que hayáis guardado



para tan tarde este consejo, del que no puede ya aprovecharse!

Todo consejo es inútil si llega demasiado tarde.

EL LABRADOR Y LA FORTUNA

Arando un labrador sus campos, tropezó con la reja en un tesoro, y, lleno de alegría, dió gracias a la tierra por semejante hallazgo. Viendo la fortuna que el labrador no le daba las gracias, dijo:

—¡ Qué ingrato y necio es este hombre, que no se muestra agradecido a mis favores! Antes me rogaba y hacía mil promesas, y ahora que le he servido ya no se

acuerda de mí.

Debemos agradecer siempre los beneficios recibidos.



LA RANA Y LA RAPOSA

Abandonando una rana la laguna en que había nacido, se fué a vivir entre los demás animales, haciéndoles creer que sabía más de medicina que los famosos Hipócrates y Galeno. No obstante, la raposa dijo:

—No la creáis. ¿Cómo ha de ser la rana buen médico, si no sabe curarse a sí misma? Si fuera médico, no estaría tan enferma como demuestra el color de su boca, y a sí misma se hubiera curado primero.



Es una necedad hacer alarde de profesar una ciencia que se ignora.

EL CARRETERO Y HERCULES

A un campesino se le atascó el carro en un atolladero, y el infeliz imploró en seguida a Hércules con los ojos fijos en el cielo. En esta actitud oyó una voz que le dijo:

—Arrea los caballos, empuja las ruedas y verás cómo Hércules te

ayuda, majadero.

El proverbio lo dice: Ayúdate y Dios te ayudará.





LA SEÑORA Y LAS CRIADAS

Una señora había adquirido la costumbre de despertar a sus criadas, todas las mañanas, tan pronto como cantaba el gallo.

Creyendo, sin duda, las sirvientas que, dejando de cantar el gallo, la señora no las despertaría tan temprano, dieron muerte al ave; pero, entonces, ocurrió que, ignorando la hora que era, el ama madrugaba más, y hacía levantar a las criadas antes de tiempo.

A veces, creyendo mejorar su suerte, adoptan los hombres resoluciones que la empeoran.



LOS LADRONES Y EL GALLO

Entraron unos ladrones en una casa de campo y, no hallando otra cosa que robar sino un gallo, se lo llevaron; pero él les dijo que debían devolverle la libertad, en atención a ser tan útil al hombre, que le anuncia la proximidad del día, y, por consiguiente, la hora de levantarse. A tan fundadas razones

respondieron los ladrones que ése era motivo bastante para matarlo, porque, despertando con su canto a los trabajadores, tenían ellos que esconderse y no podían seguir robando.

Lo que es bueno para el hombre honrado, es malo para el perverso.



EL VAQUERO Y EL LEÓN

Habiendo ofrecido un vaquero a Júpiter sacrificarle un cabrito si hallaba el sitio en donde algún ladrón hubiese escondido un becerro que le faltaba, vió que un león estaba devorando el animal perdido, y exclamó temblando:

— i Oh altísimo Júpiter! Te ha-

bía ofrecido un cabrito, pero ahora prometo sacrificarte un toro si escapo de las garras del león.

Muchos acrecientan su desgracia con la posesión del bien que han deseado.



EL TIGRE Y EL CAZADOR

Perseguidas las fieras por un cazador muy hábil, huían todas llenas de temor, cuando el tigre, para reanimar su valor, les dijo que procuraran defenderse, porque él también estaba decidido a hacerlo. Esta valentía le sirvió de poco, porque el cazador lo hirió, y la zorra, al verlo huir derra-

mando sangre, le preguntó cómo lo habían puesto tan mal parado.

—No sé quién me ha herido—contestó el tigre—, pero conozco que mi herida ha sido hecha por uno más fuerte que yo.

Los fuertes se baten a veces con temeridad, pero el arte y el ingenio pueden más que ellos.

LA TORTUGA Y EL AGUILA



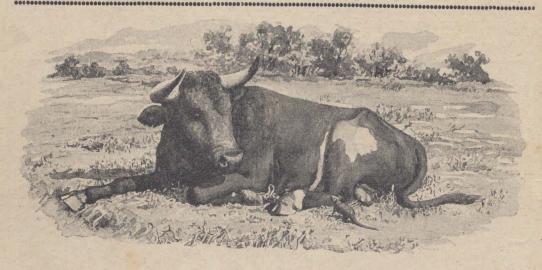
Cansada la tortuga de arrastrarse siempre por el suelo, le rogó al águila que la levantase en el aire lo más alto posible. El águila, para complacerla, la cogió entre sus garras y la levantó hasta más arriba de las nubes. Entones la tortuga exclamó, henchida de vanidad:

—; Qué despreciables me parecen ahora todos los animales de la tierra! ¡ Con cuánta envidia me

han de mirar!

Enojada el águila por aquella vanidosa presunción, soltó de entre sus garras a la tortuga, que fué a dar contra unas peñas y se hizo pedazos.

Los que se engrien cuando la buena fortuna los levanta a muy alta posición, están en peligro de caerse y matarse.



EL TORO Y EL RATON

Entreteníase un ratoncillo en molestar a un corpulento toro que descansaba echado, mordiéndole con sus pequeños dientes. Movíase el toro de uno a otro lado para alejar de sí al ratón; pero éste se escondía y volvía a salir de nuevo y a morderle, llegando a verse el cornúpeta tan incomodado, que ru-

gía de ira por no poder vengarse.

—En vano te cansas—le dijo el ratón—, pues, aunque la naturaleza te ha dado un cuerpo tan grande y tanta fuerza, a mí no puedes hacerme daño alguno.

También los fuertes y poderosos deben temer a los humildes, porque no hay enemigo pequeño.

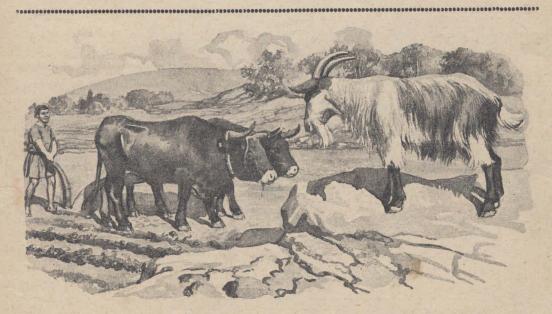
LA MONA Y LA ZORRA

—Mira, amiguita mía—decíale en cierta ocasión la mona a la zorra—, ya que tienes una cola tan larga y poblada de pelo, bien podrías darme un pedazo, para hacerme con él un faldellín con que taparme las nalgas, que las tengo muy peladas.

— De ninguna manera! — respondió la zorra, riéndose a carcajadas—. Aunque tuviese la cola cien veces más larga y me arrastrase por el suelo entre espinas y abrojos, no te daría ni un pelo.

Los avariciosos, como la zorra, no dan ni aun lo que les sobra.





LA CABRA Y EL BUEY

Burlábase una cabra de un buey que estaba arando, porque trabajaba mientras ella pasaba el tiempo corriendo y saltando; pero llegó una gran festividad en que se hacían sacrificios a los dioses, y varios hombres cogieron a la cabra y se la llevaron para degollarla. —¡ Hola, hola!—dijo el buey al ver el fin que iba a tener la holgazana cabra—, ¿ estabas antes sin trabajar, amiga mía, para ser sacrificada ahora?

La ociosidad tiene siempre un triste fin.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EL AGUILA Y LA ZORRA

Tenía un águila su nido en la copa de un árbol muy alto, y en una de sus rapiñas arrebatóle a la

zorra los hijuelos para dar de comer a los aguiluchos. La zorra siguió corriendo por tierra al águila que volaba por los aires, suplicándole con lágrimas en los ojos que le devolviese los hijitos. El águila, que



rra por el mal corazón del águila, rodeó de paja el tronco del árbol en donde estaba el nido, le puso

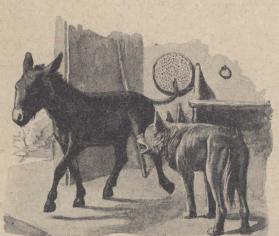
fuego, y al ver el águila que las llamas iban a quemar a los aguiluchos, le devolvió los hijitos a la zorra, quien entonces apagó el fuego.

No hay enemigo pequeño; y así no han de dañar

los poderosos a los humildes, pues también éstos buscan y encuentran ocasión de vengarse.

era muy poderosa, no hizo caso de la zorra, porque la veía débil y pequeña; pero, enfurecida la zo-

EL ASNO Y EL LOBO



Estaba el asno enfermo, y fué a visitarle el lobo, fingiendo interesarse mucho por su salud. Al verlo en cama, le tocó y palpó todo el cuerpo, preguntándole en dónde le dolía más. El asno, que conoció la mala intención del lobo, le dijo:

—Me duelen mucho más los sitios en donde me tocas.

Y sin añadir palabra, se levantó de la cama, huyendo de la presen-

cia del lobo.

Nunca se ha de confiar en los halagos y atenciones de las gentes egoístas y malévolas.

EL ASNO, SU HIJO, LOS LOBOS Y LOS PERROS

Supieron los lobos y los perros que el asno estaba muy enfermo, y figurándose que no tardaría en morir, fueron a su casa con el pre-

texto de visitarlo, pero con la intención de aprovecharse de su piel cuando muriera. Al atisbar por las rendijas de la puerta de la alcoba en donde estaba acostado el asno,

vieron los lobos y los perros a un pollino hijo suyo, y le gritaron diciendo:

- ¡ Muchacho! ¿ cómo sigue tu

papá? Su enfermedad nos tiene con mucho cuidado.

Pero el pollino, que conocía las verdaderas intenciones de aque-

llos falsos amigos, les respondió:

—Ya está bastante bien; algo mejor de lo que vosotros quisierais.

Lo mismo se puede responder a los parientes que

acuden a casa de un enfermo con la excusa de interesarse por él y en realidad van a ver si sacan algún legado de la herencia.

EL LABRADOR Y SUS HIJOS



Un labrador que estaba próximo a morir, dijo a sus hijos que cuantos bienes poseía estaban depositados en la viña de su propiedad, donde deberían buscarlos cuando quisieran repartirlos.

Muerto el padre, los hijos buscaron en la viña los referidos bienes; pero, aunque cavaron con afán la tierra en todas direcciones, no lograron encontrar nada.

Como el trabajo efectuado en busca del supuesto tesoro benefició grandemente la viña, ésta dió mucho fruto aquel año, y, al repartirlo, dijo uno de los herederos:

—Sin duda alguna, los frutos de esta viña son el único tesoro que nuestro padre dejó.

El trabajo es el verdadero tesoro del hombre.

LA ZORRA Y EL LOBO

Había amontonado el lobo en su madriguera muchas provisiones para mantenerse sin trabajar durante el resto de su vida. Lo supo la zorra, y sin tardanza se fué a

ver al lobo a su madriguera, diciéndole:

—¡ Ay, amigo mío, ya te echaba de menos después de tantos días de no verte por el campo! No dudes de que te quiero

mucho, y de que mi mayor consuelo sería vivir en tu compañía.

El lobo, que conoció el intento

de la zorra, repuso:

—No vienes a verme porque me quieres, sino para robarme algo de lo que tengo, y así no te agradezco la visita ni necesito tu compañía.

La zorra, deseosa de vengarse del lobo, le descubrió su madriguera a un pastor para que lo matase,

> como lo hizo; pero después mató también a palos a la zorra.

—Bien merecida tengo la muerte—decía ésta en sus últimos momentos—, pues por en-

vidia procuré la del lobo.

El que hace daño al prójimo no tarda en padecer el mismo daño que hizo, porque quien a hierro mata, a hierro ha de morir.

EL CARNICERO Y LOS CARNEROS

Hallándose reunidos los carneros, vieron que entraba el carnicero y que cogía a uno de ellos y
lo mataba; pero no le hicieron
caso. Cogió luego otro y también
lo degolló; pero no se daban por
entendidos y sólo decían entre sí:
«Mientras a mí no me toque, dejemos que se lleve a quien quiera.»
El carnicero, no obstante, fué cogiéndolos todos y matándolos, hasta que llegó al último, que le dijo:

—Bien merecido lo tenemos, por no habernos defendido al principio todos juntos para conservar nues-

tras vidas.

Quien no se defiende a tiempo



y no ayuda a su compañero, al fin perecerá. Debemos apercibirnos para defendernos del peligro que se ve venir.

EL HOMBRE Y EL ÍDOLO DE MADERA

Tenía un hombre un ídolo de madera, al que no cesaba de pedirle que le concediera bienes y riquezas; pero, cuanto más suplicaba, más se empobrecía.

Cansado, al fin, de suplicar inútilmente y convencido de que el ídolo no había de hacerle caso jamás, lo derribó del altar en que lo tenía colocado y lo hizo pedazos.

Al romperse la estatua, esparcióse gran cantidad de monedas de oro, que aquélla tenía en su interior, y el hombre, recogiéndolas con avidez, exclamó sorprendido:

—¡ Estatua perversa! ¡ Ha sido preciso que te destroce para que me proporciones la riqueza, que en vano te supliqué infinidad de veces que me concedieses!

Sólo a viva fuerza puede conseguirse que los hombres malos procedan con rectitud y hagan algo bueno.





EL PASTOR MENTIROSO

Cierto pastor que apacentaba sus ovejas en un monte, divertíase alarmando de vez en cuando a los labradores de las cercanías.

- ¡Favor! ¡Socorro! ¡Que viene

el lobo!—gritaba.

Al oírlo, acudían presurosos los labradores; pero, al ver que sólo se trataba de una chanza, volvían-

se a su trabajo.

Pero un día presentóse efectivamente el lobo y empezó a hacer destrozos en el rebaño. El pastor gritó desesperadamente en demanda de auxilio; pero los labradores, creyendo que, como otras veces, sólo se trataba de una broma, no se movieron, y el lobo hizo grandes estragos entre las ovejas.



Al que está acostumbrado a mentir nadie da crédito cuando alguna vez dice la verdad.

La mentira, pues, es perniciosa y más perjudicial a quien la profiere que a quien se pretende engañar.



JUPITER Y LA MONA

Deseando Júpiter tener en su presencia a todos los animales con sus hijos, los mandó reunir para saber cuáles eran entre éstos los más hermosos. Ufana por demás, se presentó la mona, y, mostrando su hijo a Júpiter, le dijo que reconocería que era el más hermoso de todos los presentes. Rióse Júpiter

al oírlo, y repuso en tono de reconvención :

—Si no quieres que se burlen de ti, no te alabes a ti misma.

Alabarse a sí mismo es vanidad, porque el mérito propio debe callarse, dejando que los demás lo reconozcan y alaben.



EL JOVEN Y EL LADRON

Estando sentado un joven junto al brocal de un pozo, vió que se acercaba un ladrón, y, conociendo que tenía intención de robarle, fingió que lloraba amargamente. Preguntóle el ladrón por qué motivos se afligía de tal manera, y respondió el sagaz joven que, habiendo ido a sacar agua con un cántaro de oro, se le había roto la

soga y el cántaro había quedado dentro. Al oír esto el ladrón, se quitó los vestidos y bajó al pozo en busca de lo que no existía. El mozo apoderóse entonces de los vestidos del ladrón y echó a correr.

Tanto ciega al perverso su malicia, que muchas veces no ve los peligros a que se expone.



LA MONA Y SUS HIJOS

Una mona, que tenía dos hijos, no cesaba de acariciar a uno, mientras que al otro no hacía el menor caso.

Perseguida cierto día por un cazador con sus perros, cogió al hijo predilecto en sus brazos, colocó al otro sobre sus espaldas, y echó a correr; pero, temiendo morir, perdió el tino y, fuera de sí, dió al hijo que llevaba en los brazos

contra una piedra y lo mató, mientras el otro, que iba agarrado a sus espaldas, no sólo se salvó sino que ni siquiera sufrió el más ligero daño.

Es peligroso mimar mucho a los hijos, porque el exceso de cariño perjudica más que beneficia. Por eso, los menos mimados suelen recibir mejor educación.



LOS DOS AMIGOS Y EL OSO

A dos amigos que paseaban juntos, aparecióseles de pronto un oso.

No teniendo tiempo para organizar la defensa, uno de ellos subió a un árbol, y el otro se tendió en el suelo fingiéndose muerto.

Acercóse el animal al que había quedado en tierra, y lo olió por todos lados y especialmente la boca y los oídos, hasta que, convencido al fin de que era cadáver, se

alejó internándose en el bosque.

Descendió del árbol el que en las ramas había buscado refugio, y preguntó a su compañero:

—; Qué te ha dicho el oso cuando ha acercado la boca a tu oído?

—Me ha aconsejado—respondió el interpelado — que no vaya en compañía de amigos como tú.

No es buen amigo el que en los peligros nos abandona.



EL LECHON, LOS CORDEROS Y EL LOBO

Menospreciado por su corta edad, un lechón pequeño que andaba en una manada de puercos, gruñía siempre y molestaba a todos, hasta que se fué a vivir a otra parte. Después de andar largo tiempo por el monte, se metió en un rebaño de corderos, a los cuales amenazó enseñándoles los dientes, de tal manera que todos le temieron y respetaron. No habían pasado muchos días cuando se presentó el lobo, y a su vista escaparon todos los corderos, menos el lechón, que no

quiso huir, crevendo que lo defenderían. Cogiólo el lobo y se lo hubiera comido a no salir en su defensa los puercos que, embistiendo al lobo, le obligaron a dejar el lechón.

—Ahora conozco—dijo éste, lleno de vergüenza—cuán mal hice en separarme de los míos, que son los únicos que me han defendido.

Bueno es estar cerca de los amigos y parientes en las desgracias y contratiempos.

EL HALCON Y EL RUISEÑOR

Encontrándose una mañana el halcón en el nido de un ruiseñor, rogó éste al ave de rapiña que no hiciera daño a sus hijos:

Te complaceré—respondió el halcón—si me deleitas con tu canto.

El ruiseñor entonó sus más delicadas endechas; pero, esto no obstante, dijo el halcón:

—Amigo mío, tu canto no me deleita, porque no cantas bien.

Y, dicho esto, arrebató al ruiseñor un hijo y se lo comió.

Un cazador, que vió distraído al

halcón, le preparó un lazo, en el que cayó fácilmente el ave rapaz.

Como los hombres vivimos cons-



tantemente en guerra, unos con otros, debemos estar constantemente apercibidos para no caer en los lazos que se nos tienden.

EL LEÓN, LA VACA, LA CABRA Y LA OVEJA

La vaca, la cabra y la oveja se juntaron amigablemente con el león para ir de caza. Después de correr mucho por el monte mata-

ron un ciervo, y como buenos amigos lo dividieron en cuatro partes. La vaca, la cabra y la oveja iban cada cual a tomar su parte, cuando el león echó la zarpa y dijo:

—¡ Alto ahí, compañeras! La primera parte es mía, porque

car la cuarta,

se atreva a tocar la cuarta, habrá de reñir conmigo.

Así se quedó el león con las cuatro partes del ciervo.

Nunca se ha de ir en compañía de los poderosos de

mala fe, que sólo tratan de enriquecerse a costa de sus socios.

toca a mí porque soy más fuerte



EL LOBO Y LA GRULLA

Un lobo, al que se le atragantó un hueso mientras comía, estando a punto de ahogarse, le dijo a la grulla:

me llamo león; la segunda me

—Tú que tienes el pico tan largo, bien podrías quitarme este hueso que me ahoga. Hazlo por favor, que yo recompensaré tu trabajo.

Enternecida la grulla por los ruegos del lobo, y confiada en sus promesas, le sacó el hueso de un picotazo; pero, al pedirle la paga, le respondió el lobo:

—; Aun quieres más? Eres muy ingrata, porque mientras tenías el pico en mi boca te hubiera podido devorar con sólo quererlo y te perdoné la vida. Así es que todavía me debes un gran favor.

me debes un gran favor.

Cuando se hace bien a los malvados, siempre encuentran éstos alguna excusa para no agradecer el beneficio.

EL PAVO REAL Y LA DIOSA JUNO

Quejábase el pavo real a la diosa Juno de que no le hubiese dado la voz del ruiseñor, que todos ad-



miran, en vez de su canto tan chillón que a todos causa risa.

La diosa, para consolarlo, le

dijo:

"—Ciertamente que el ruiseñor canta mejor, pero en cambio tú le aventajas en tamaño, en garbo y en hermosura: en tu cuello resplandecen los brillantes colores de la esmeralda, y con las matizadas plumas de tu cola formas una rueda que parece de piedras preciosas.

—Pero, *i* de qué me sirve tanta belleza—replicó el pavo real—, si una avecilla como el ruiseñor me

excede en la voz?

—El mérito—contestó la diosa—se repartió a cada cual según la voluntad de los hados. A ti la hermosura, al águila la fuerza, al ruiseñor la melodía, al gallo el señalar las horas, y todos con lo suyo están contentos: confórmate, pues, con lo que te ha tocado en suerte.

Todos debemos aceptar, resignados, lo que Dios nos dió, porque El sabe lo que más nos conviene.

EL LADRON Y EL PERRO

Un ladrón entró una noche en una casa y, como empezara a ladrar el perro que en ella había, le dió un pedazo de pan para que callase.

—; Para qué me das pan ?—preguntó el perro—. ; Para hacerme un obsequio o para sobornarme? Si pretendes hacerme callar para que no despierte a mi amo y tú puedas matar y robar sin que nadie te lo impida, no has de conseguirlo, porque, más que comer el pedazo de pan que me ofreces, me conviene ladrar y despertar a los señores de la casa. Si robas y asesinas, me quedaría sin amo y, luego, me moriría de hambre.

Es una necedad arriesgar la vida por un beneficio insignificante.—Quien, por lo poco, abandona



lo mucho, es un demente—. Siempre debe sospecharse del malvado que pretende dispensarnos algún favor.

EL LEÓN, EL JABALÍ, EL TORO Y EL ASNO

Estaba un león muy enfermo y a punto de morir. Vino el jabalí, y al ver que ya no tenía fuerzas,

le hincó los colmillos en el cuello para vengarse de los zarpazos que en otro tiempo había recibido de él. Vino después el toro, y por igual motivo le dió unas cuantas cornadas. Llegó,

por último, el asno y le atizó un par de coces en la frente. Entonces el león exclamó entre suspiros y sollozos: —Cuando estaba en la flor de mi vida, con pleno vigor de mis fuerzas, mi fama asustaba a todos y no

> había nadie que no me temiese y halagase.Pero ahora, que nada puedo, hasta el asno se atreve conmigo.

Los mismos que adulan y temen al que tiene autoridad y mando

sobre ellos, lo menosprecian y es carnecen si lo ven caído en desgracia. Ya lo dijo Breno a los romanos: ¡Ay de los vencidos!

EL CASTOR

El castor es uno de los animales mamíferos más perseguidos por los cazadores, a causa de la substancia medicinal que poseen; pero este cuadrúpedo, conociendo sin duda la causa de la persecución tenaz de que es objeto, cuando se ve en inminente peligro de caer en poder de sus perseguidores, se arranca él mismo con los dientes la parte de su cuerpo en que la citada substancia se contiene y se la arroja, con lo que consigue escapar y salvar la vida.

La prudencia aconseja a veces



hacer grandes sacrificios para conservar la seguridad.



EL CABALLO Y EL ASNO

Soberbio y ricamente enjaezado, caminaba un caballo, tan altanero con sus adornos, que al hallar en una senda a un cansado jumento, le dijo con arrogancia:

—¡Cómo no te apartas al instante?¡No sé cómo no te mato a

coces!

Atemorizado el pobre asno, lo dejó pasar; pero, andando el tiempo, aconteció que aquel mismo caballo se desmejoró y enflaqueció de tal manera, que su amo lo destinó a los trabajos del campo, porque no servía ya para su regalo. Transportaba estiércol unas veces, tiraba otras de una pesada carreta, y andaba tan fatigado, que daba lástima.

—; No eras tú—le dijo un día el asno—aquel caballo tan soberbio que a todos atropellaba? ¡Dónde están tus antiguos brío y orgullo?; dónde tu silla dorada y tus brillantes arreos? Amigo mío, esto sucede a todos los orgullosos.

No debe el poderoso menospreciar a los pobres y humildes, porque, si cambia su suerte, como suele suceder, sufrirá entonces sus burlas y menosprecios.

LAS MANOS, LOS PIES Y EL VIENTRE

Enojados los pies y las manos, dijéronle un día al vientre, cuya

suerte envidiaban:

—¡Holgazán! Tú eres quien se aprovecha de nuestro trabajo y quien, sin prestarnos jamás ayuda, te apropias nuestras ganancias; pero en lo sucesivo no te alimentaremos más y, por consiguiente, tendrás que elegir entre estas dos cosas: buscar oficio que te produzca lo suficiente para que te mantengas, o morirte de hambre

Y, como los pies y las manos se quedaron inactivos, el vientre, al dejar de recibir comida, fué perdiendo calor hasta llegar a debilitarse de tal modo, que los demás miembros enflaquecieron, perdie-



ron las fuerzas y no tardaron todos en perecer.

Lo mismo que en el cuerpo humano, ocurre en la sociedad: unos miembros han de servir a otros, puesto que nadie se basta a sí mismo, y solamente ayudándose todos mutuamente pueden vencerse las dificultades de la vida.



EL HOMBRE BUENO Y EL FALSO, Y LAS MONAS

Viajando juntos dos hombres, uno de los cuales era bueno y el otro falso, llegaron al país de las monas. Mandólos detener y llevar a su presencia el rey de estos animales, y, hecho esto, les preguntó qué se decía de él en otros países. Contestó el hombre falso deshaciéndose en elogios y diciéndole que parecía un excelente monarca, sabio y poderoso, y que su corte estaba llena de grandes caballeros y valerosos capitanes. Holgóse sobremanera de tales lisonjas el rey mono, y mandó que aquel hombre fuese premiado.

Considerando el hombre bueno que el falso había obtenido mercedes diciendo mentiras, creyó que aún sería más premiado si decía la verdad, y, preguntado después por el rey quién era él y qué le parecían los que lo rodeaban, contestó sencillamente que no eran ni más ni menos que monas.

Indignado el soberano, mandó quitar la vida al hombre bueno.

Así marcha de ordinario el mundo, donde prospera el lisonjero y es abatido el virtuoso; pero, esto no obstante, debe decirse siempre la verdad, aunque sólo cuando sea preciso.

EL CIERVO Y EL CAZADOR

Bebía un ciervo en una fuente, y se deleitaba mirando su hermosa imagen en el agua, muy satisfecho de sus grandes cuernos, pero disgustado de sus piernas, largas y delgadas. Mientras estaba así entretenido, oyó los gritos de un cazador y los ladridos de los perros, ya muy cercanos, de modo que tuvo que valerse de la ligereza de sus piernas para escaparse de sus enemigos. No obstante, al entrar en un bosque, se le enredaron en las ramas los cuernos, y allí fué cogido por el cazador sin dificultad alguna. Viéndose en tan triste



estado, mudó de parecer, alabando lo que antes menospreciaba, y menospreciando lo que antes alababa.

Con frecuencia daña lo que más agrada. El ambicioso cree que los empleos y dignidades son bienes apreciables; pero, si supiera a qué males expone la grandeza, mudaria bien pronto de parecer.

EL CUERVO Y EL ZORRO

Un cuervo se llevó en el pico un queso que una campesina tenía puesto a secar en la ventana, y se posó con el producto de su rapiña

en la rama de un árbol. La zorra, que había visto todo esto, se ingenió para quitarle el queso al cuervo, y plantándose frente a él le dijo:

—; Qué hermoso eres!

¡Cómo te reluce el plumaje! No hay otra ave de tan espléndida belleza ni tan arrogante figura. ¡Lástima que no sepas cantar como los ruiseñores, porque entonces no habría quien pudiera compararse contigo!

Engreído el cuervo por los elogios, quiso cantar, y, al abrir el pico, se le cayó el queso, que la zorra se apresuró a engullir a la vista del bobalicón cuervo.

La lisonja es una alabanza hipócrita que perjudica gravemente a quien hace caso de ella.

LOS DOS CANGREJOS

Le decía un cangrejo a su hijito mientras le enseñaba a andar:

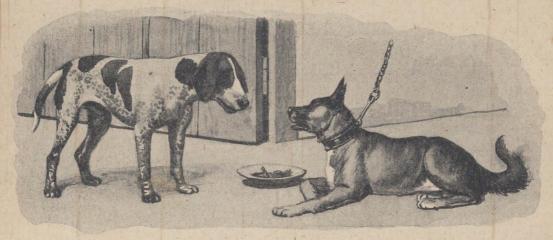
—Hijo mío, veo que andas con las patas torcidas y es preciso que corrijas este defecto y las endereces.

A lo que respondió el cangrejito:

—¡ Ay, mamaíta! Yo ando como te veo andar, y si tú también tienes las patas torcidas, ¿ por qué no te las enderezas? Menester es que me des el ejemplo.

Quien a otro reprende, ha de ser irreprensible, pues no está bien censurar en los demás el mismo vicio de que adolecemos nosotros.





LOS DOS PERROS

De dos perros que tenía un hombre, uno estaba destinado a cazar y el otro a guardar la casa. Reconviniendo aquél al que guardaba la casa porque no trabajaba, contestó el guardián:

—No debes reprenderme a mí, sino al amo, que así ha dispuesto

las cosas, enseñándote a ti a cazar y a mí a participar de lo que tú cazas.

No deben ser reprendidos los hijos mal educados, que nada saben, sino los padres, que no han procurado enseñarlos.



EL LABRADOR Y EL TORO

Teniendo un toro la mala costumbre de embestir a todos con los cuernos, hasta a su propio amo, determinó éste cortárselos; pero, lejos de aplacarse el toro, adquirió la costumbre de escarbar la tierra furiosamente con las pesuñas. Entonces el amo lo entregó al carni-

cero, para que lo matase, ya que le causaba más daño con los pies que con los cuernos.

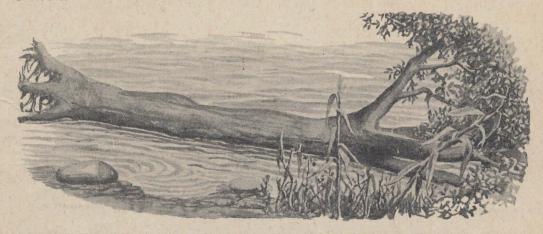
Semejantes a los toros bravios son muchos hombres de costumbres incorregibles, que, al fin, pagan con la vida sus delitos.

EL ARBOL Y LA CAÑA

Desarraigado por un furioso vendaval un árbol corpulento, cayó al río y, llevado por la corriente, fué a chocar contra una débil caña, sin que ésta se rompiese. Admirado el árbol de que la caña permaneciera firme en medio de tan terrible tempestad, oyó que le decía:

—Es natural que no sufra daño alguno, porque me doblo y cedo fácilmente a todos los vientos; pero tú, que has querido resistirlos, has sido arrollado y tronchado por ellos.

No debemos resistir a los poderosos, sino ceder para dejar pasar su cólera.



EL OSO Y LAS ABEJAS

Un oso que tenía mucha hambre salió del monte en busca de comida. Encontró poco después unas



colmenas y se puso a lamerlas crevendo gustar la miel, cuando llegó una abeja que le clavó el aguijón en el cuello y le hizo salir sangre. Enfurecido el oso por la picadura, derribó con las patas las colmenas; pero entonces salieron los enjambres de abejas y le clavaron los aguijones por todo el cuerpo, sin que pudiera defenderse. Las abejas se vengaron así de la destrucción de sus colmenas, y el oso huyó avergonzado, lamentando que por enfurecerse de aquella manera hubiese atraído contra él tantos enemigos.

Quien por orgullo quiere vengarse de un agravio, suele atraerse muchos enemigos.

LA CORNEJA Y LA OVEJA

Montóse la corneja encima de la oveja y se puso a picotearla.

—; Por qué no te echas encima de un perro y lo picoteas como a mí!—le preguntó la oveja cortésmente—. A buen seguro que te daría un gran mordisco, sin que te quedaran ganas de volver a inquietarlo.

—No haré tal cosa—respondió la corneja—, que para eso me subo a las colinas y lo exploro todo con la vista. Cuando veo un animal manso e inofensivo como tú, me echo encima de él; pero me guardo de los que pueden revolverse

contra mí. Soy vieja y tengo mucha experiencia.

El cobarde, que se atreve a mo-



lestar a los pequeños y débiles, huye ante los fuertes.



LOS DOS JOVENES Y EL REPOSTERO

Entraron dos jóvenes en casa de un repostero con el pretexto de comprar comestibles, y le hurtaron un buen trozo de carne, que ocultaron debajo de la ropa. Advertido en seguida el robo por el repostero, comenzó éste a reconvenirles; pero los jóvenes se disculparon jurando por Júpiter que nada habían robado, ni nada tenían.

—Yo — les contestó el repostero—no puedo saber cuál de vosotros es el ladrón, pero Júpiter, por quien juráis, ve y sabe bien quién ha sido.

Los delitos pueden quedar ocultos a los ojos de los hombres, pero nada se oculta a la mirada de Dios.

LA ENCINA Y LA CAÑA

Burlábase de la modesta caña una robusta encina, diciéndole en

tono de lástima:

—¡ Qué débil eres! ¡ Por qué no estás firme como yo, en vez de inclinar la cabeza al más leve viento? Mira cómo levanto la mía hasta las nubes, no humillándome a nadie y resistiendo los más fuertes huracanes.

Poco después, desencadenóse una furiosa tempestad que no hizo más que doblar la flexible caña, pero que derribó la altanera en-

cina.

A contece con frecuencia que los



soberbios son humillados y destruídos, y los humildes escapan de los peligros más fácilmente.





EL AGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA

Después de arrebatar un águila en sus garras a una pobre tortuga, remontó el vuelo y pretendió comérsela; pero no pudo conseguirlo, porque la víctima se encogió dentro de su caparazón.

Entonces, cierta corneja dijo al

ave de rapiña:

—Buen manjar tienes, pero, si no te vales de alguna maña, no

podrás comerlo.

—; Qué he de hacer? — repuso el águila—. Si me dices cómo podré devorar mi presa, la compartiré contigo.

-Remonta mucho el vuelo -

aconsejó la corneja—, deja caer la tortuga sobre una peña y, como al caer se le quebrará la concha, podremos comernos la carne.

Hízolo así el águila: dejó caer la tortuga, y se le rompió a ésta el caparazón en mil pedazos; pero, apoderándose de la carne inmediatamente la corneja, dejó burlada al ave que, como estaba más lejos, tardó más en acudir.

No es prudente aceptar, sin un maduro examen, los consejos ajenos, porque, a veces, se nos aconseja lo que conviene al consejero y no a nosotros mismos.

LOS CUADRUPEDOS Y LAS AVES

Los cuadrúpedos y las aves se hallaban en guerra, y poco tiempo después de haberse roto las hostilidades entraron en batalla. Durante la pelea, vió el murciélago que los cuadrúpedos llevaban la mejor parte, y, temeroso de la derrota, desertó de las filas de las aves y se pasó al campo contrario. Pero llegó el águila, y su presencia animó de tal modo a las aves, que acabaron por vencer a los cuadrúpedos. Al firmarse la paz, todos convinieron en quitarle las plumas al murciélago en castigo de su traición y lo condenaron a que jamás volviese a presentarse delante de los cuadrúpedos ni de las aves. Desde entonces, el murciélago sólo sale de noche y es rechazado igualmente por los unos y por las otras.

Lo mismo les ocurre a los traidores que hacen cara a todos los



vientos y se arriman al sol que más calienta. Después de su traición, todos los alejan de sí.

ÍNDICE

Págs.	Págs.
El caballo, el ciervo y el cazador 7	El avariento 39
La mosca y la mula 8	La zorra y la cabra
La espada y el caminante 8	El adivino 40
La mujer y la gallina 8	El negro 40
El cazador de aves 9	El asno y los caminantes 40
La raposa y la zarza 9	El cazador y el jilguero 41
El trompetero 9	La raposa y el gato 41
El lobo y el perro 10	El asno silvestre 41
El león y el pastor 11	El ciervo, la oveja y el lobo 42
Mercurio y el leñador 12	La rana y el buey 42
La mula 12	El lobo y los pastores 43
La golondrina y las otras aves 13	El pavo real y la grulla, 43
La hormiga, la paloma y el cazador 13	El lobo y el cordero 44
El asno y la perrilla 14	La corneja sedienta 44
Los lobos y las ovejas 14	La zorra y el gallo 45
La madre y el hijo ladrón 15	La pulga y el camello 45
Las palomas y el gavilán 15	El pescador y los peces 46
El caballo y el león 16	El cazador y el mirlo 46
El lobo y el chivo	El médico 46
El lobo y el carnero 17	El labrador y la fortuna 47
El labrador y la culebra 17	La rana y la raposa 47
El asno y las ranas 18	El carretero y Hércules 47
Los gallos y la perdiz	La señora y las criadas 48
Las avispas, las perdices y el labrador 19	Los ladrones y el gallo 48
El león y el asno 19	El vaquero y el león 49
El lobo y el cabrito	El tigre y el cazador 49
	La tortuga y el águila 50
El cazador y el perro	El toro y el ratón 50
La liebre y la tortuga	La mona y la zorra 51
(El labrador y los dos perros	La cabra y el buey 51
El perro y el pedazo de carne, 22	El águila y la zorra. 52 El asno y el lobo. 52
El buitre y las otras aves	El asno y el lobo
El hacha y el mango 23	El labrador y sus hijos 53
La comadreja v el hombre 23	La zorra y el lobo
El pajarero y las aves 24	El carnicero y los carneros 54
El padre y el hijo malcriado 24	El hombre y el ídolo de madera 55
El lobo, la mujer y el niño 25	El pastor mentiroso 55
El viejo y sus hijos 25	Júpiter y la mona 56
La cabra, el cabrito y el lobo 26	El joven y el ladrón 56
El león, el toro y el chivo 26	La mona y sus hijos 57
El avariento y el envidioso 27	Los dos amigos y el oso 57
La zorra y las uvas 27	El lechón, los corderos y el lobo 58
El león y la zorra 28	El halcón y el ruiseñor 58
El enfermo y el médico 28	El león, la vaca, la cabra y la oveja 59
La zorra y los cazadores 29	El lobo y la grulla 59
El león rey 29	El pavo real y la diosa Juno 60
Las dos ollas 30	El ladrón y el perro 60
El hombre y las dos mujeres 30	El león, el jabalí, el toro y el asno 61
El águila y el hombre 31	El castor 61
El águila y el cuervo 31	El caballo y el asno 62
El rey y las monas	Las manos, los pies y el vientre 62
El grajo y los pavos reales 32	El hombre bueno y el falso, y las monas. 63
Los dos enemigos. 33 El asno con piel de león. 33	El ciervo y el cazador 63
	El cuervo y el zorro 64
Los cuatro bueyes	Los dos cangrejos 64
El perro y la oveja	Los dos perros
El ratón, la rana y el milano 35	El labrador y el toro. 65 El árbol y la caña 66
El perro envidioso	
La abeja y Júpiter 36	La corneja y la oveja 67
El camello y Júpiter 37	Los dos jóvenes y el repostero 67
Los perros 37	La encina y la caña
El mercader y el asno	El águila, la corneja y la tortuga 68
La zorra, el gallo y los perros 38	Los cuádrúpedos y las aves 69

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

El mundo de los niños.

Mi primera lectura. Horas felices. El mundo animal para niños. El amiguito. Escuela de animales. Aventuras de animales. Los niños de otros países. El libro del nene. Niños buenos y niños malos. Cuentos para niños. El país de las maravillas. Cuentos de hadas. El mundo maravilloso. Mi libro favorito. Episodios y aventuras. Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamen-Lecturas de la Historia Sa-

grada. (Vida de Jesucristo.)

Narraciones.

Tardes de Otoño.

Las tribulaciones de Meterete. Leedme. Episodios de animales. Los hijos del héroe. El libro de las maravillas. Historias de animales. El libro de los niños. Cómo juegan los niños de todo el mundo. A B C. El libro de oro de los niños. La hija de Juan Palomo. El aventurero. La ciudad de oro. La isla desconocida. El país de los antropófagos. Los misterios de la selva. Pirulete en el país del sueño v de la holganza.

Lecturas infantiles. La voz de los niños. Cómo viven los niños de otras razas. Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo. Fábulas de Samaniego. La nochebuena. Robinsón Crusoé. Lo que puede más que el hombre. Lo que somos. Cuentos de los hermanos Grimm. Las famosas aventuras de don Quijote. Cuentos de Perrault. Fábulas de Esopo. La cabaña del pastor. En vacaciones. Genoveva de Brabante.

TECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

- 1. El molino de los pájaros.
- 2. Corazones dormidos.
- 3. Flores de juventud.
- 4. La vanidosa Alicia.
- 5. El espadachin.
- 6. El heredero.
- 7. La fuerza del bien.
- 8. El sueño de Pepito.
- 9. Juegos y hazañas de animales.
- 10. Cuentos de Andersen. (Tome 1.º)
- Andersen. 11. Cuentos de (Tomo 2.º)
- 12. La cabaña del tío Tom.
- 13. Robinsón.
- 14. El teatro de los animales.
- 15. Verdades y fantasias.
- 16. Mimos de niña.
- 17. El instinto de los guimales.
- 18. El amor y la guerra.

- 19. El premio gordo.
- 20. Un ministerio de animales.
- 21. La picara vanidad.
- 22. Un Charlot del mundo animal.
- 23. Un experimento del doctor 'Ox.
- 24. Un drama en los aires.
- 25. Por mentir.
- 26. Rosina.
- 27. Paquito el explorador.
- 28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
- 29. El Angel.
- 30. Ib y Cristina.
- 31. El último sueño del roble.
- 82. El cofre volador.
- 33. El tío «cierra el ojo».
- 34. La virtud del borrico.

- 35. Fábulas de Iriarte.
- 36. En otros tiempos.
- 37. La campana.
- 38. Los forzadores del bloqueo.
- 39. Una ciudad flotante. (Primera parte.)
- 40. Una ciudad flotante. (Segunda parte.)
- 41. Miguel Strogoff. (Primera parte.)
- 42. Miguel Strogoff. (Segunda parte.)
- 43. Las indias negras. (Primera parte.)
- 44. Las indias negras. (Segunda parte.)
- 45. El rigor de las desdichas.
- 46. Los huevos de Pascua. 47. La guirnalda de flores.
- 48. La Paloma.